

Selección TERROR

OJOS QUE VIGILAN

Curtis Garland


SELECCION
TERROR

CURTIS GARLAND

OJOS QUE VIGILAN

Colección SELECCION TERROR n.° 485
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

480 — *Profanadores de sepulcros,* Curtis Garland.
481 — *Flores para una tumba vacía.* Ralph Barby.
482 — *Club para gente encantadora.* Lou Carrigan.
483 — *Prohibido irritar al diablo,* Clark Carrados.
484 — *Secta celestial.* Lou Carrigan.

ISBN X4-02-02S06-4
Depósito legal: B. 15.477-1982

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición; junio. 1982
1.a edición en América: diciembre. 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

Capítulo Primero
MOLLY

Aquel sábado por la tarde en Gossville, New Hampshire, pareció ser en principio un simple sábado más del invierno frío y nevado de aquellas regiones del nordeste de Estados Unidos. Un fin de semana aburrido, rutinario y vulgar, como tantos otros de los que se pueden pasar en un pueblo de apenas tres mil habitantes.

Sin embargo, las apariencias resultaron muy engañosas en esta ocasión.

No fue, en absoluto, un sábado más. Fue una fecha que marcaría trágicamente las vidas de muchas personas de la localidad, aunque ellas ni siquiera lo sospecharan.

Todo comenzó de un modo más bien trivial, puramente anecdótico, en especial para la gorda Molly Forbes, la dueña del mejor bar de la localidad.

Claro que en realidad, Molly's no era un simple bar, sino una mezcla de cafetería, heladería y restaurante rápido, aun que lo cierto es que nadie en Gossville pensaba en tomar helados en pleno invierno, con una temperatura de unos diez a quince grados centígrados bajo cero en las calles. Por ello, la parte del mostrador destinada a heladería, estaba cerrada hasta la primavera como mínimo. Molly movía sus abundantes y recias carnes entre la pequeña cocina y el mostrador, sirviendo a su clientela, casi toda ella formada en las tardes de los sábados por gente joven, especialmente parejitas que
iban o venían del baile local, cuando no procedentes del recién inaugurado cinematógrafo de la calle Washington, donde el entusiasmo de la juventud por asistir a aquel nuevo invento de luces y sombras, haciendo guiños sobre una pan talla, en una sala casi a oscuras, provocaba largas colas en la entrada.

Lo cierto es que Molly nunca había entendido bien por qué a la gente le gustaba esa tontería de ver gentes con la cara enharinada, gesticulando vivamente en la imagen, para hacerse entender sin otro sonido que las notas lánguidas del piano de la señorita Lancaster, ambientando las escenas de aquello que se había dado en llamar «películas».

Pero el viejo Amos McDuff, empresario avispado donde los hubiera, se había apresurado a instalar el cinematógrafo local, convirtiéndose en el primero y único competidor de sí mismo, puesto que era también el dueño del salón de baile. Y al parecer no había sido una mala idea. Ambos negocios funcionaban bien, sobre todo en sábado.

Había dejado de nevar a media tarde, cosa que intensificó el frío en

las calles de Gossville, y eso hizo que el bar se llenara más que nunca. El cinematógrafo estaba a punto de comenzar su sesión, y la gente quería tomar un refrigerio caliente antes de dirigirse a la sala para embelesarse ante las mudas imágenes de celuloide.

De cuando en cuando, algún aislado automóvil ruidoso y humeante, pasaba por el nevado asfalto, dejando en el aire su intenso olor a gasolina y aceite. Era otra de las pasiones de la juventud, después de todo. Los automóviles hacían tanto furor o más que el propio cine, el baile o la instalación de luz eléctrica en las casas que durante años y años habían vivido apegadas al gas como único elemento de energía.

Los tiempos, como decía Molly y con cierta nostalgia de un cercano pasado mucho más tranquilo y tradicional, progresaban excesivamente deprisa. El siglo XX apenas si había llegado a su primera quinta parte, y ya todo era diferente al apacible siglo XIX. Una vez terminada la Gran Guerra, las cosas iban tremendamente deprisa en todas partes. Demasiado deprisa para personas tan conservadoras como la gorda Molly.

—Hola, querida —saludó a la joven que acababa de entrar en el local, acomodándose en uno de los escasos huecos que quedaban en el mostrador—, ¿También al cine tú?

—También —sonrió suavemente su cliente, asintiendo con la cabeza rubia, rematada por el turbante de seda con plumas, tan a la moda—. Es la moda, ¿no?

—No lo entiendo, la verdad —suspiró la dueña del establecimiento, sirviendo café y unos sandwiches al vecino cliente antes de tomar nota del pedido de la recién llegada—, ¿Qué veis en ese invento que sólo proyecta dramas sentimentales y caras patéticas?

—Lo que nos falta aquí, tal vez. Emociones. Las heroínas de las películas son terriblemente desgraciadas, y los galanes arrebatadoramente románticos. Se sufre y se llora con sus avatares. O se ríe una con la pareja cómica del corto que complementa, con las caídas, las tartas de nata y las persecuciones en tranvía o en coche. Es muy divertido en realidad. Sobre todo, cuando no hay otra cosa más emocionante donde una vive... —terminó con cierta melancolía la joven, contemplando distraída a la muchedumbre que llenaba el local.

—Lo que tendrías que hacer tú es buscar novio y casarte —sentenció Molly—. Eres una de las chicas más bonitas de este lugar. Y sin embargo, siempre vas sola a todas partes. No puedo creer que no tengas pretendientes...

—Creo que los tengo —sonrió la muchacha—. Pero no centro mis aspiraciones, como todas las chicas de Gossville, en casarme, tener hijos y vivir tranquila en una casa más o menos confortable. No nací para eso. Me gasta ser independiente, vivir a mi manera, al menos mientras no encuentre a alguien a quien, realmente, llegue a amar lo

suficiente para convertirme en su esposa.

—La gente sólo se casa por amor en las novelas y en esas películas que vosotras veis —replicó Molly, escéptica, encogiéndose de hombros.

—Es posible. Así está el mundo —sonrió la joven cliente—. Si te fijas bien, el ochenta o el noventa por ciento de los matrimonios de Gossville son infelices. Y la mitad de ellos engañan a sus cónyuges con un vecino o con una de las chicas de... ya me entiendes tú... de Blue Street.

Molly asintió rápida, mirando en torno con temor, por si alguna respetable parejita de novios había llegado a oír nombrar a su cliente la calle menos respetable y decente de todo el pueblo. Así era la muchacha, Helen Casey, su cliente. Llamaba a las cosas por su nombre, sin prejuicios ni retóricas falsas. No era como los demás, que pronunciaban en voz muy baja, casi clandestinamente, nombres como Blue Street —la calle de las prostitutas— y de los locales como, por ejemplo. La Lechuza Verde, uno de los antros de peor condición de aquel barrio nada honesto.

—Tal vez tengas razón, Helen —aceptó, dirigiéndose a la cocina a por otro pedido, que le pasaba ya una de sus camareras, directamente de las manos de su cocinero.

Sirvió poco después a la joven lo que había solicitado. Helen se quedó mirando, mientras partía su trozo de tarta de manzana recién servido, a una joven pareja que acababa de entrar en el local. Sus ojos verdes, luminosos, brillaron vivamente, con un destello peculiar, al fijarse en el hombre. Las delicadas manos que partían el trozo de tarta, temblaron ligeramente, aunque nadie se dio cuenta de ello.

Era realmente un guapo mozo el que acababa de entrar con su pareja en el establecimiento. Alto, esbelto, de cabello castaño peinado con raya y gomina, a la moda, abrigo de paño beige con cuello de pieles también muy de actualidad—, guantes de cabritilla y unos impecables botines. A la puerta del bar, resoplaba su flamante *roadster* rojo, un coche último modelo, de altas ruedas, capaz de provocar la envidia de todo Gossville. El joven, de facciones hermosas, viriles y enérgicas, poseía unos sagaces ojos grises que se fijaron rápidamente en Helen, mientras buscaba un hueco para él y su pareja en medio de la multitud que llenaba el local.

—¡Pero si es Helen! —exclamó jovial, avanzando hacia ella llevando a su compañera del brazo—. ¿Dónde te metes últimamente que no te habíamos visto?

—Hola, Mark —saludó la joven, dominando su expresión serenamente. Miró luego a la pareja del muchacho—. ¿Qué tal, Jessica?

—Helen, querida, hemos hablado varias veces de ti Mark y yo —

confesó la pareja de él, inclinándose y besando en las mejillas a la otra mujer—, ¿No estabas acaso en el pueblo?

—La verdad, he regresado hace poco de Nueva York —confesó Helen—. Estuve trabajando en unos grandes almacenes y completando mis estudios de periodismo.

—¿De veras piensas dedicarte a eso de la prensa? —dudó la llamada Jessica, enarcando sus doradas cejas, de un rubio más claro que el de Helen, mientras los azules ojos mostraban perplejidad—. Dicen que es una profesión propia de hombres...

—Tonterías —rechazó Helen—. En pleno siglo XX, des pues de una guerra como la que hemos sufrido, cuando todo progresa con rapidez, las mujeres tenemos un sitio en la sociedad y en el trabajo, idéntico al de los hombres más especializados. En Nueva York encuentran lo más normal del mundo que una mujer sea abogado, médico e incluso juez. Es en los pueblos como Gossville donde aún se vive aferrado al pasado, sin querer darse cuenta la gente de que, del mismo modo que ayudamos todas a ganar la guerra a los alemanes con nuestro esfuerzo en talleres y fábricas, podemos ayudar ahora mucho más a ganar la paz y la prosperidad de la postguerra. Después de todo, estamos a sólo unos días de 1920, y eso debe significar algo más que una fecha. Este es el siglo de la gran revolución industrial y de los adelantos. Tenemos luz eléctrica, motores de gasolina y automóviles, cinc y música grabada... He terminado mis cursillos de periodismo en un gran diario de Nueva York, como alumna, y me han ofrecido ya un puesto para cuando desee iniciar mi carrera profesional.

—¿Y aun así has vuelto a Gossville? —se sorprendió
Mark, mirándola con extrañeza—. Creí que mi compañera favorita de colegio era más decidida...

—Eso era antes —sonrió Helen—. Ahora tengo que pensarlo un poco, Mark. Por eso he vuelto. Pasaré aquí las Navidades y el nuevo año. Después resolveré. Pero es casi seguro que me vaya a Nueva York como periodista. A pesar de que también en Concord tengo una oferta interesante, y como está más cerca... (1).

(1) Concord es la capital del citado de New Hampshire, donde transcurre la acción de este relato. (N. del E.)

—De veras deseamos que hagas una buena elección, Helen —suspiró Jessica, apretándola cordialmente un hombro—. Eres una gran chica y te lo mereces todo.

—Gracias, Jessica. ¿Vosotros cómo vais en vuestra vida? —indagó ella, con aire indiferente en apariencia.

—No mal del todo —sonrió Jessica—. Mark es una pareja casi perfecta. Sólo espero que yo lo sea también para él.

—Sabes que si —terció él con amplia sonrisa, rodeándole los

hombros con su fuerte brazo—. Jessica y yo somos muy felices, Helen.

—Me alegra mucho oírtelo decir. ¿Nada de niños aún?

—Nada de nada en ese sentido —suspiró Jessica—. El médico dice que existe un pequeño problema, pero espera resolverlo en este mismo año. De momento, eso nos da más libertad, pero sé que Mark quiere un hijo en breve.

—Todos los maridos lo quieren —rió suavemente Helen, moviendo la cabeza—. ¿Vais al cinematógrafo acaso?

—No, no —negó Mark—. A Jessica no le gusta el cinc. Prefiere el teatro. Hay una compañía de comedias en el viejo teatro de Main Street, el Palladium, donde nosotros interpretábamos obras como aficionados escolares, ¿recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? —Helen entornó ensoñadoramente los ojos—. Por mí no os entretengáis. Debe comenzar antes que el cine...

—Sí, la obra es bastante larga. Dentro de diez minutos empieza —asintió Jessica, apretando calurosamente una mano de Helen y besando su mejilla—. Hasta siempre, querida. No dejes de venir a tomar el té a casa. Llámanos primero. Hemos instalado teléfono recientemente. Lo encontrarás en la guía local. Te esperamos, ¿eh?

—No faltaré —prometió Helen con firmeza.

La pareja se alejó, tras estrechar Mark su mano. Helen se acarició subrepticiamente, su mano recién tocada por los fuertes dedos de su antiguo compañero de colegio. Respiró hondo. De repente había perdido su apetito. Dejó la tarta a medio terminar, apuró su vaso de leche y llamó a Molly para pagarla.

La gordita propietaria del local contempló la ración a medio concluir, dirigió una mirada de soslayo a la joven pareja que se acomodaba ahora al extremo opuesto del mostrador y no hizo comentario alguno.

Cobró a Helen su consumición. Una de sus empleadas le tocó con el codo.

—¿Has visto a Helen Casey? —comentó en voz baja—. Ha cambiado de color al ver a Mark Stowell y su mujer...

—Es natural, ¿no? —gruñó Molly, de mala gana—. Helen y él fueron casi novios. Formaban una pareja perfecta. Todos pensaban que iban a casarse. Pero la vida siguió otro cauce. Yo lloraría de rabia si hubiera perdido a un hombre como ése. Sólo que Helen es como es, y nunca sabes si se lamenta de ello o no.

Cuando fue a entregarle el cambio, Helen ya no estaba en su asiento. Miró a la puerta vidriera. Esta oscilaba, tras salir la joven a la calle. Vio la figura alejándose con paso rápido sobre el suelo nevado, en dirección al cinematógrafo.

—Pobre Helen... —musitó para sí—. Se cree muy fuerte y segura de sí misma. Quisiera saber si eso es tan cierto como parece.

En ese momento, tuvo lugar el incidente. Molly frunció el ceño al ver al hombre que se disponía poco antes a entrar en su local, y que ahora permanecía parado en medio de la acera, la mirada fija en un punto determinado: aquel por donde se alejaba la esbelta y grácil figura de Helen Casey.

El hombre parecía fascinado por la mujer que se alejaba del bar. A Molly no le gustó su aspecto. En realidad, no le gustaban nada los forasteros. Y éste era un forastero.

—Mira a ése —indicó en voz baja a una de sus empleadas—. El de la puerta... ¿Ha venido por aquí alguna vez?

—Creo que le he visto en un par de ocasiones esta semana, sí —afirmó la camarera, fijándose en el individuo—. Siempre toma chocolate caliente. Apenas habla, pero mira muy fijamente. Sobre todo, a ciertas partes del cuerpo de una, ¿sabe?

Y se tocó significativamente los senos y las nalgas. Molly asintió.

—Algún guarro de esos que persiguen a las chicas —comentó—. Tiene aspecto de ello.

—No viste mal. Pero tiene unos ojos que la desnudan a una —comentó la camarera, con disgusto—. No me gustaría encontrarme a solas en un sitio oscuro con un tipo como ése, la verdad.

—Pues yo le iba a pegar un trastazo que se acordaría de mí toda su vida —aseveró Molly con energía, mirando belicosa al hombre que, ahora, al fin, se decidía a entrar en el local, dirigiendo una última y obsesiva mirada hacia la ya distante Helen Casey, que cruzaba en ese momento la calzada, hacia las luces del cercano cinematógrafo.

—Tenga cuidado, patrona —avisó la camarera con tono precavido—. No olvide que aún no hace un mes que decapitaron a aquella pobre chica en las afueras. Y nadie ha encontrado todavía al asesino...

—Cielos, casi había olvidado eso —se estremeció Molly—. La pobre Gladys, la doncella de los Temple... El *sheriff* dijo que era obra de un perturbado, acaso alguien que no era de esta región, un forastero...

—Pero nunca encontraron al asesino ni se demostró que fuese un forastero —objetó el cocinero, asomando por la ventanilla del servicio donde depositaban los pedidos—. Hubo gente por entonces que incluso llegó a sospechar del carnicero, recuerde. Y se rumoreó que el propio Morgan Temple, su patrón, pudo seguirla hasta allí, prendado de sus encantos físicos, y al resistirse ella a ser violada, le cortó la cabeza con un hacha...

—Habladurías de gente mal intencionada, Gus —rechazó Molly airadamente—. Nadie de Gossville haría semejante barbaridad. Y después de todo, usted es el menos indicado para hablar de eso. No olvido que maneja muy bien el hacha de cortar carne, y que mira a las mujeres con la fijeza de un búho.

—Sobre todo a usted, patrona —rió irónico Gus, el cocinero—. Me vuelven loco las formas abundantes, no puedo evitarlo.

—¡Grosero, obseso sexual! —se enfureció Molly, mientras su empleado se retiraba al interior de la cocina, riendo

estruendosamente. Fue hacia el cliente, que se había sentado justamente en el asiento que dejara vacío Helen, y que la miraba con fijeza ahora. Con muy rara fijeza. A Molly no le gustó esa mirada. Se inclinó sobre él preguntando con aspereza—: ¿Qué va a tomar, señor?

—Chocolate caliente —dijo él con indiferencia. Y un trozo de tarta...

Le observó. La camarera tenía razón. Era el mismo tipo al que ella había servido. No tenía mal aspecto. No vestía mal. Algo enjuto, pero de fuertes y nudosas manos, gabán negro, de grueso paño, guantes de piel negra también, sombrero de paja, a la moda, el inevitable *canotier* de influencia francesa. Camisa pulcra, jersey de lana a cuadros, corbata de lazo color granate oscuro.

Pero era un forastero. Y desnudaba a las mujeres con la mirada, la verdad. Ahora mismo, sus ojos, clavados en los enormes pechos de Molly, parecían taladrar con toda facilidad blusa y sostén, para llegar a la desnudez total de sus abundantes formas.

—En seguida —dijo secamente Molly, apresurándose a alejarse de él tras anotar el pedido.

Cuando regresaba con el humeante chocolate y la tarta, notó que los ojos del forastero estaban fijos en la vidriera. Miró por ella, intrigada.

Helen Casey estaba en la iluminada entrada del cinematógrafo, sacando su entrada en la taquilla, tras haber hecho cola. Su figura envuelta en pieles, de esbeltas formas y finas pantorrillas sobre tacón muy alto, era bien visible desde allí.

Molly miró al hombre. Este humedecía sus labios con la lengua, desagradablemente. Los ojos que miraban a Helen estaban vidriosos. Crispaba sus manos fuertes sobre el borde del mostrador.

A Molly no le gustó nada de todo eso.

Y sin saber por qué, tuvo miedo.

Apenas si esa incómoda sensación le duró un par de segundos. Luego varias llamadas de su clientela impaciente distrajeron su atención y olvidó el hecho.

Iba a tener ocasión sobrada de recordarlo, sin embargo.

Capitulo II
HELEN

La película había terminado.

Un público emocionado por las desventuras de la heroína, que finalmente encontraba la felicidad en un emotivo final acompañado por solemnes notas de piano arrancadas del teclado por las manos enérgicas de la señorita Lancaster, tan embelesada como todos los demás ante la acción melodramática del filme.

Lentamente, la sala se vació, tras apagarse en la pantalla los últimos parpadeos de la proyección. El suelo, salpicado de palomitas de maíz, envoltorios de caramelos y cáscaras de cacahuetes, revelaba la presencia de un nutrido público joven y entusiasta, que acompañaba los silencios de la película con el crujido de los frutos en sus dientes.

Helen Casey abandonó el local entre todos los demás asistentes. Estaba comenzando a nevar nuevamente. Miró en torno. No había ningún taxi libre, ni en la calle ni en la cercana Plaza de las Américas. Tampoco carruajes de caballos de alquiler, todavía supervivientes en muchas pequeñas ciudades como Gossville, a pesar de la fuerte competencia de los automóviles.

«Tendré que volver andando a casa», se dijo, iniciando la marcha por la nevada acera, aunque lamentando que sus tacones fuesen demasiado altos y finos para una caminata semejante sobre un suelo blando en ocasiones y endurecido otras, por causa de la congelación de la nieve, que formaba una superficie cristalina harto peligrosa.

Pero Helen había sido siempre una muchacha decidida, incluso antes de ir a Nueva York a trabajar y estudiar periodismo, y no vaciló en alejarse del cinema por su propio pie, resueltamente. Durante unos instantes dudó si quedarse en Molly's, cuyo luminoso parpadeaba en rojo, allá al otro lado de la calle, invitador, y cenar allí, esperando a que apareciese algún vehículo capaz de llevarla de regreso a su actual alojamiento, en la vivienda de la señora Bridges, donde tenía arrendada una amplia habitación con antesala.

Había elegido esa forma de alojamiento antes de que la frialdad aséptica de un hotel o una casa de huéspedes vulgar, porque la señora Bridges era una vieja amiga de su difunto padre, y la trataba familiarmente, casi como una pariente cercana. Además, cocinaba muy bien y la casa era confortable y limpia, aunque sólo hacía seis meses que la señora Bridges había roto con su tradicionalismo a ultranza, aceptando poner luz eléctrica en la casa y renunciar a su entrañable luz de gas.

A estas horas, Dorothy Bridges le habría dejado en el calentador la cena, esperando su regreso. La idea de cenar rápidamente y

acostarse, halagaba a Helen. Por eso decidió no ir a casa de Molly.

Una simple decisión de apariencia trivial, que iba a cambiar muchos destinos en Gossville, aunque Helen no pudiera sospecharlo ni remotamente.

Pronto se alejó del centro, cuya iluminación era más intensa, especialmente en parpadeantes bombillas y adornos navideños —faltaban solamente tres días para Nochebuena—, y la nieve empezó a ser menos luminosa porque era más escasa la iluminación callejera que reflejaba su blanca superficie. Cuando Main Street y sus tiendas quedaron atrás en aquella noche de sábado, la oscuridad empezó a intensificarse en torno a Helen.

La casa de la señora Bridges quedaba aún a cuatro o cinco manzanas de allí, en las proximidades del Parque Infantil, cerrado durante la temporada invernal. Helen miró a la distancia, empezando a sentirse ligeramente inquieta a causa de aquel silencio y su soledad. Nunca había sido una chica miedosa, ciertamente. Pero de pronto, había acudido a su memoria el recuerdo de algo que leyera en los periódicos neoyorquinos, durante su ausencia de su población natal, cosa de un mes atrás:

> «Brutal asesinato en Gossville, New Hampshire. Una criada resulta decapitada de un hachazo, en las afueras de una pequeña localidad de ese estado. Se busca a un perturbado mental, posiblemente un forastero, movido por obsesiones sexuales. La joven victima apareció semidesnuda, aunque no se consumó la violación.»

No sabía por qué tenía que acordarse de eso precisamente ahora. Pero de repente, la oscuridad, el frío de la noche, la blanca nieve que crujía bajo sus tacones, y la ausencia de transeúntes con quienes cruzarse en el camino, empezó a tener algo de ominoso, de siniestro.

Se detuvo un momento, diciéndose a sí misma que era una estúpida por pensar en todas esas cosas.

Y entonces oyó crujir la nieve a su espalda.

Fue sólo un momento. Una o dos pisadas. Luego el silencio fue absoluto.

El corazón de Helen latió con fuerza. Alguien caminaba tras de ella. Eso no tenía por sí solo nada de anormal ni inquietante. Pero quienquiera que fuese, se había detenido al detenerse ella, aunque con unos instantes de retraso.

Dudó. Luego comenzó a andar de nuevo. Con taconeo rápido, preciso, hundiendo sus pies en la nieve hasta sentir la humedad del frío elemento derretido, filtrándose por el raso color lila de sus zapatos a la moda.

De repente, paró en seco. Quería comprobar si sus temores eran

ciertos, de una vez por todas.

El crujido rápido, a sus espaldas, se prolongó cosa de dos segundos más. Tras ello, otra vez el silencio. Su perseguidor se había detenido también. Eso ya era algo más que una simple coincidencia. Quizás mucho más.

Ya no dudó, echó a correr, tras dirigir un instante la vista atrás. Y corrió con ganas. Porque el que le seguía era un hombre.

Un hombre con gabán negro, bajo el cual parecía llevar algo alargado y pesado, que en las sombras le resultaba imposible distinguir. El hombre, al correr ella, se lanzó a la carrera en pos de sus pasos, ya sin disimular en absoluto.

Era una persecución en toda regla. Los motivos no podían ser sino amenazadores para Helen Casey, que corría ahora con toda su alma, realmente despavorida.

El jadeo ronco del hombre, a espaldas suyas, era inquietante, aterrador. Su forma brusca y rápida de hollar la nieve con sus zapatos, denotaba energía, rabia, decisión exasperada.

Estaba perdiendo terreno, lo notaba. Ya sólo le quedaban dos manzanas para la alta verja del Parque Infantil, frente al cual se alzaba el viejo y sólido edificio donde residía la señora Bridges. Pero era como recorrer dos millas.

Miró atrás sin dejar de correr. Le vio. Cerca, muy cerca. Lo que llevaba el hombre bajo el gabán reflejó una luz distante de una farola. Era algo metálico. En la nuca de Helen, los cabellos se erizaron de terror.

Recordó una terrible frase de aquella noticia en los periódicos: «...resulta decapitada de un hachazo...»

Un hacha.

Sin duda era eso: una afilada y ancha hoja de acero, capaz de decapitarla en un instante... Un frío mortal pareció enroscarse a su cuello, como algo sólido, helado, tan incisivo como el borde afilado de un hacha asesina.

Y, de repente, acaso por culpa de sus tacones frágiles, de la nieve endurecida cerca del parque o de su propio terror, tropezó y cayó.

Su cuerpo golpeó la nieve, mientras un chasquido anunciaba la rotura del tacón de su zapato. Vuelta de espaldas al suelo helado, contempló con ojos desorbitados, la llegada de la sombra ominosa, la figura del negro gabán, que se detenía ante ella, con ojos brillantes que eran como los de un felino en la oscuridad, y las manos enguantadas extraían de entre los pliegues de la prenda de abrigo un objeto siniestro, metálico, afiladísimo, que centelleó ante Helen con toda su escalofriante significación.

Un terrible, prolongado alarido de la muchacha, desgarró el silencio y la quietud de la oscura noche nevada. Un grito agudo, interminable

casi, revelando un pánico animal, un terror como jamás llegó a experimentar ella en toda su vida...

El alarido se repitió en la noche; luego hubo un ronco jadeo, un acero que descendía vertiginoso, un rumor de choque sordo en la nieve...

Momentos más tarde, por la acera, frente al parque, corría un rojo reguero de sangre que iba a formar charco en la nieve sucia, mezclándose con ella y formando un barrillo escarlata, repugnante y siniestro.

En otro punto de la acera, una cabeza rodó entre el blanco elemento, dejando a su paso un nuevo reguero de salpicaduras rojas, embadurnándolo todo. Por una pared de ladrillos inmediata, también descendían surcos de sangre espesa, tras salpicar allí con violencia cuando la cabeza saltó, separada de su tronco.

Un silencio profundo, de muerte y de honor, siguió a la breve y trágica escena.

Algunas ventanas en la vecindad comenzaban a iluminarse, mientras la gente, alarmada por los gritos, asomaba a ellas, en busca de la razón de los mismos.

* * *

—Es realmente horrible —murmuró el *sheriff* Carter, frotándose el mentón con gesto sombrío—. Horrible de todo punto...

Los presentes asintieron. El coche de negra carrocería que utilizaba el *sheriff* para desplazarse por su jurisdicción, aparecía cerca del teatro de los hechos, y una multitud de curiosos se agolpaba más allá, frenada en sus intenciones de aproximarse más al escenario del suceso, por los dos ayudantes de Carter, armados con carabinas.

El doctor Selwyn Lee, médico de Gossville y, por ser el único virtualmente en toda la zona, forense también del distrito, meneó la cabeza, apartándose del cadáver que aparecía envuelto en una manta. Bajo ésta, se hallaba también la cabeza separada del cuello

—Ha sido un solo golpe, limpio y preciso —explicó el médico gravemente—. Dado con mucha fuerza y precisión, la verdad. La decapitación se produjo en el acto, *sheriff.*

—Imaginaba algo así, doctor. ¿El arma es la que tenemos ahí, según su criterio?

—Bueno, eso sólo se sabrá cuando se examine todo a fondo. Pero juraría que si. Está empapada en sangre humana y posee filo suficiente para cortar un cabello en el aire. Tendrá que ver usted si el mango tiene huellas...

—Lo dudo mucho. Es invierno y hace demasiado frío para ir con las manos desnudas, doctor. Menos aún cuando se va a utilizar un arma homicida, supongo.

—En eso tiene razón —convino el médico con un suspiro—. ¿Algo más, *sheriff?*

—Sí, por supuesto. Ocúpese del resto del asunto. Ya me entiende, ¿no? ¿Cree que todo va a ir bien en ese sentido?

—No lo sé —confesó el doctor Lee—. De momento, mi criterio es pesimista.

—Entiendo —afirmó con la cabeza Brian Carter, *sheriff* de Gossville—. Es todo entonces, doctor. Más tarde iré a verle a casa.

—Le estaré esperando —convino el médico, alejándose presuroso.

La gente le abrió paso dirigiéndole mil y una preguntas que no obtuvieron respuesta. La figura del galeno se alejó hacia el centro de la población, donde tenía su consultorio y vivienda.

El *sheriff* Carter se quedó solo ante el bulto tapado con la manta. La nieve, en derredor, lo mismo que el muro de ladrillos, ofrecían un feo tinte rojo oscuro, allí donde la sangre corriera abundantemente al producirse la decapitación.

—Pobre muchacha... —susurró Carter—. Pobre Helen Casey...

Y se frotó el mentón, en un movimiento instintivo, muy habitual en él, mientras la señora Bridges, iluminada por la claridad de la abierta puerta del edificio donde habitaba, sollozaba apagadamente, inconsolable.

Carter la miró, frunciendo el ceño pensativo. Fue hacia ella con

paso lento, algo pesado. El rostro del *sheriff* era ancho y cuadrangular, de facciones enérgicas y astutos ojos color café, que estudiaron gravemente a la patrona de Helen.

—Lo siento muy de veras, señora Casey —manifestó con voz profunda—. Sin embargo, es mi deber hacer ciertas preguntas, por dolorosas que resulten. Dígame, por favor, ¿qué es exactamente lo que usted escuchó y la hizo asomar a la ventana?

—Estaba a punto de dormirme, *sheriff* —explicó ella roncamente —. Me preguntaba si Helen vendría esta noche a cenar, habiendo comenzado a nevar con cierta intensidad, o se quedaría por el centro después de la sesión cinematográfica. Helen ha sido siempre muy independiente, ¿sabe? Y de Nueva York volvió todavía más liberada de condicionamientos sociales y todo eso. Dejé su cena en el calentador y me acosté. Fue cuando iba a apagar la luz, tras leer un rato, cuando oi esos horribles gritos en la calle. Asustada, corrí a la ventana y la abrí, tratando de ver qué sucedía. Fuese ello lo que fuese, ya había sucedido cuando logré abrir los postigos y asomarme. La oscuridad en la zona era muy intensa en esos momentos. Creí ver un bulto en el suelo, sobre la nieve, algo muy parecido a un ser humano... Y una figura erguida, que se fundía con la oscuridad, retrocediendo lentamente... Entonces descubrí que algo oscuro corría por la nieve y sentí verdadero pavor. Grité, pidiendo la presencia de la policía. Otras ventanas se abrían ya. Algunos hombres, más decididos, asomaban en las puertas de las casas, algunos de ellos armados de escopeta o revólver. Entonces oí lo... lo de la cabeza junto al bordillo... y me desmayé. Cuando me recuperé de mi desvanecimiento, estaba rodeada de vecinos que me atendían, y usted estaba ya aquí con sus hombres, *sheriff.* Es todo lo que puedo contarle.

—Comprendo —afirmó despacio Carter—. ¿Cree que la señorita Casey volvía sola a casa cuando esto sucedió?

—Eso seguro. No le gustaba tener moscones a su alrededor. Ya le dije que ella ha sido siempre muy independiente... —miró angustiada al *sheriff—.* Dios mío, ¿qué va a ocurrir ahora, Carter?

—No puedo saberlo, señora Bridges —confesó amargamente el policía encogiéndose de hombros—. Lo principal es investigar las circunstancias de esta muerte.

—¿Cree que tiene alguna relación con... con lo de aquella pobre chica, la doncella Gladys, hace un mes?

—Pudiera ser. También aquí hay un hacha, un forastero...

—¿Forastero dice?

—Sí. Molly Forbes, la dueña del bar, nos ha explicado que vio a un forastero vigilar muy de cerca a Helen Casey, mirarla con excesiva fijeza. Eso sucedió cuando ella entraba en el cinematógrafo. Molly

asegura que el forastero estuvo en varias ocasiones en su local, pidiendo siempre chocolate caliente.

—Mi pobre Helen... —sollozó de nuevo la señora Bridges—. Mi pobre y querida Helen... No puedo apartarlo de mi cabeza, *sheriff*., no puedo...

—Yo tampoco, señora. Yo tampoco —dijo el *sheriff* Carter, pensativo—. De momento, no la molesto más. Si es preciso, le pediré que venga a mi oficina y me firme una declaración con todo cuanto recuerde. Ahora debo ir a casa del doctor Lee, una vez hecho el atestado de todos los acontecimientos de esta noche. Puede retirarse, señora. Creo que, dada la situación, será lo mejor para usted.

Dorothy Bridges asintió, alejándose lentamente hacia su casa con la cabeza sobre el pecho, agitado su cuerpo por los sollozos. Carter la siguió con la mirada pensativa, profundamente ensombrecido el semblante. Luego regresó al escenario del suceso y dio algunas instrucciones a sus hombres, rogando a los curiosos que se dispersaran. De mala gana, la gente le obedeció en silencio o formulando tímidas protestas. Al fin, la zona quedó despejada, y los fogonazos del magnesio comenzaron a salpicar la nevada noche de claridad azulada, cuando los ayudantes del *sheriff* Carter comenzaron a hacer fotografías del cadáver decapitado y de todo cuanto constituía el entorno del macabro hallazgo.

Capitulo III
MARK

Mark Stowell empujó la puerta de batientes que separaba el interior de la oficina del *sheriff* de la antesala para visitas. Venia demudado, con «u abrigo al brazo y el cabello ligeramente despeinado, a pesar del fijador.

—Dios mío, Carter, ¿es cierto lo que me han dicho al salir del teatro? —preguntó abruptamente, con voz entre cortada.

El *sheriff* acabó de escribir una línea con espaciadas pulsaciones de su pesada Underwood de oficina, y asintió con la cabeza, mirando gravemente al visitante.

—Si, Stowell, cierto y bien cierto —afirmó—. Supongo que se refiere a Helen Casey y a...

—¿A quién, si no? —le interrumpió Mark—. Helen y yo fuimos compañeros de colegio y de instituto... Por entonces ¿ramos como dos hermanos. No podía dar crédito a... a lo que me contaron en el vestíbulo del hotel... Y Jessica tampoco. Apenas si hace tres horas que la vimos en el bar de Molly...

—Ah, ¿la vieron allí? ¿Parecía preocupada o alarmada por algo?

—No, no en absoluto. La vi tan normal como siempre ha sido. Hablamos de ella, de nosotros... Muy brevemente, desde luego, porque el local estaba lleno y era incómodo conversar allí. Además, todos temamos prisa. Ella para ir al cine, y nosotros al teatro.

—¿Vio cuando se marchaba, o salieron ustedes antes?

—No, no. Salió antes que nosotros. Pero no la vimos salir. Recuerdo que miramos hacia su asiento en un determinado instante, y ya no estaba allí. Había un hombre en su lugar, un tipo con gabán negro y *canotier* de paja...

—Ya —dijo lentamente el *sheriff—.* Un forastero, ¿no?

—Sí, creo que sí. Yo, al menos, no le había visto nunca antes de ese momento. Tomaba chocolate caliente, eso sí lo recuerdo. Precisamente porque siempre he odiado el chocolate...

—Entiendo. Ese forastero ha sido visto por mucha gente en Gossville últimamente. Pero aún no sabemos ni su nombre, origen o profesión, la verdad.

Stowell contemplaba pensativo a Carter, con profundos surcos de preocupación arrugando su frente. Tras un silencio, preguntó con voz apagada:

—¿Puedo hacer algo? Tengo ahí fuera a mi esposa, en el coche. Quisiera saber si podemos ser útiles en algo, dado lo que ha sucedido...

—Me temo que de momento, ni usted ni nadie pueden hacer gran

cosa —suspiró el *sheriff* con tono serio—. Sé de su amistad con la señorita Casey. En cuanto sepa algo le llamaré, ¿le parece bien?

—Si, Carter, gracias —murmuró Mark—. No deje de hacerlo. Jessica y yo estaremos esperando sus noticias.

Salió de la oficina con paso rápido. Carter contempló ceñudo la puerta que se cerraba tras de Stowell y comentó entre dientes, sacudiendo la cabeza de un lado a otro:

—Me pregunto por qué Mark Stowell no se casó con Helen Casey, en vez de hacerlo con Jessica Landis, la verdad...

Luego siguió tecleando en su Underwood, para completar el informe oficial de la muerte violenta sucedida esa noche en Gossville.

* * *

El doctor Selwyn Lee se lavó las manos con lentitud, bajo la mirada de sus visitantes. Luego, mientras las secaba con una toalla, sin prisas, habló con tono apagado, más bien pesimista.

—Lo siento, señores —dijo—. Creo que todo está claro.

—¿Claro? —repitió el *sheriff* Carter, tras cambiar una mirada con los esposos Stockwell, que le acompañaban en aquella visita—. Yo diría todo lo contrario, doctor. Tenemos una muerte sin culpable. Un sangriento suceso sin explicación lógica...

—¿Está seguro de eso? —preguntó tristemente el médico, mirándole con expresión distante—. Yo diría que lodo está a la vista, *sheriff.* Cierto es que es tarea suya dar con el asesino, pero...

—Pero ¿qué, doctor? —le apremió Carter.

—En lo demás todo está bastante claro. Al menos para mí.

—Lamento no compartir tampoco su criterio, doctor —terció Mark Stockwell, sujetando con firmeza el brazo de su mujer—. Las cosas están mucho más oscuras y confusas de lo que usted da a entender. Esa muerte ha sido un horrible asesinato, sin duda alguna.

—Toda muerte violenta es horrible, señor Stockwell —admitió el médico—. Sólo que en esta ocasión es la segunda vez que tenemos en Gossville a una persona decapitada en plena noche y en un lugar solitario.

—Usted no piensa que sea coincidencia, ¿verdad? —preguntó el *sheriff,* clavados sus ojos en el doctor Lee.

—¿Coincidencia? No se dan coincidencias así en un pueblo de tres mil habitantes, en el que la muerte violenta más reciente, antes de coartarle la cabeza a la doncella Gladys, fue una ocurrida hace cinco años, poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial, cuando un borracho mató de un botellazo a un vagabundo que le preguntó la hora, pensando que iba a ser robado por el desconocido.

—De modo que usted piensa en una misma mano homicida... —sugirió Jessica Stockwell, tímidamente.

—Tampoco puedo asegurar eso. De momento, sólo pare ce haber un responsable de esa muerte por decapitación.

El *sheriff* Carter arrugó el ceño. Los Stockwell le miraron, indecisos. Por fin, el representante de la ley se encogió de hombros.

—Es posible —admitió—. Ya he pensado en ello. Pero me resisto a creerlo...

—Entonces, ¿qué piensa de lo que está sucediendo? —quiso saber el médico, señalando significativamente con un movimiento de cabeza hacia la cerrada puerta de su consultorio.

—Quisiera pensar algo diferente —confesó Carter—. Sólo que...

—¿Qué? —se interesó ahora Mark Stockwell.

—Sólo que no hay evidencias de otra posibilidad. Ninguna evidencia, pese a todos los testigos que hemos interrogado y a todas las pesquisas y exámenes del escenario del suceso que hemos realizado hasta este momento.

Se hizo un profundo silencio. Ninguno de los cuatro presentes en el lugar parecía capaz de romperlo. Al fin, fue Jessica quien lo hizo, casi medrosa, con voz tímida e insegura:

—Doctor...

—¿Si? —el médico se volvió a ella.

—Al menos..., ¿al menos podríamos... entrar ahí? —musitó la esposa de Mark.

—SI —asintió el doctor Lee—. Entren si lo desean. Pero no va a ser agradable, se lo advierto.

Los Stockwell cambiaron una mirada. El *sheriff* Carter suspiró profundamente. Daba vueltas a su sombrero, cohibido.

—Entren —dijo—. Yo estuve ya antes ahí dentro. El doctor tiene razón. No es nada grato, pueden estar seguros...

Mark tomó con fuerza la mano de su esposa, como dándole aliento. Ella sonrió, algo forzada. Luego los dos jóvenes se encaminaron a la puerta del consultorio. La abrieron. Entraron en la sala destinada por el doctor a sus pacientes. Se aproximaron a la persona tendida en la mesa de operaciones, rígida e inmóvil bajo la luz de una lámpara intensa, con pantalla de espejos.

—Dios mío, Mark... —susurró Jessica, temblándole la mano que él apretaba con toda su fuerza.

—Calma, querida —rogó Mark roncamente—. No podemos hacer otra cosa.

Llegaron ante la mesa. Miraron a la persona allí tendida, quieta y en silencio. Mark tragó saliva. Luego, sólo pudo decir unas pocas palabras roncas:

—Hola, Helen. Hemos venido a verte...

Helen Casey les miró desde su inmovilidad en la mesa quirúrgica. Se limitó a un leve pestañeo. Sus verdes pupilas les contemplaron en un silencio absoluto.

Eso fue todo. Luego cerró los ojos y permaneció quieta. Su respiración era tranquila, pausada.

* * *

El juez Ian Hardwicks golpeó con su mazo sobre el pupitre.

—Causa sobreseída —dijo—. Homicidio en legítima defensa, con todos los atenuantes en favor de la persona que iba a ser víctima y resultó responsable: nocturnidad, alevosía, agresión a mano armada, intenciones perversas, obsesión sexual aberrante, posible responsabilidad en otro crimen semejante al que se proponía ejecutar... En suma, señoras y señores, este tribunal reunido en sesión previa, resuelve dar por concluido el proceso contra Helen Casey, por homicidio y mutilación de su víctima.

Hubo un murmullo aprobatorio en la sala. El juez, satisfecho, declaró al ponerse en píe solemnemente:

—Por esta decisión, Helen Casey queda absuelta de toda culpa. El desconocido forastero, agresor de la procesada, trató de matarla con un hacha, siendo muerto por su presunta víctima al perder su arma en el intento de agresión y ser usada ésta por la atemorizada mujer que se veía abocada a morir. Es todo, señores.

El juicio previo había terminado. No pasaría a mayores. El juez del Condado había resuelto dar por terminada la vista preliminar contra Helen Casey, sospechosa de homicidio por decapitación.

Mark Stockwell, abogado de la joven, abrazó a su esposa cuando el veredicto del juez, en procedimiento sin jurado, fue definitivo. Luego ambos miraron con dolor y alegría a la vez a la inescrutable e indiferente mujer que se sentaba simbólicamente en el banquillo de los acusados.

Helen Casey no ocupaba un asiento normal, sino la silla de ruedas que le era forzoso usar ahora, a raíz de su parálisis total. Sólo los ojos, aquellos verdes y profundos ojos suyos, tenían en el rostro inmóvil y sin emociones, una luz, un destello de inteligencia y comprensión.

Pero eso era todo. El resto de su persona carecía de vida real, física o síquica. Una parálisis facial absoluta, que le impedía hablar e incluso emitir sonidos inteligibles, se unía a otra inmovilidad no menos total de brazos, manos y piernas.

No sólo no podía hablar. Tampoco podía andar, moverse, utilizar sus manos o actuar de alguna forma. Se ignoraba incluso si oía o comprendía a los demás, porque todo lo que hacía era mover sus párpados, pero sin responder a demandas ajenas que le exigieran una réplica en forma de parpadeos o cualquier otra acción inteligible.

Era como una esfinge. Una estatua en carne y hueso. Un ser inmóvil, patético, en el que sólo los ojos, profundos y enigmáticos, parecían vigilar cuanto sucedía en torno suyo.

Había sido encontrada así, deambulando cerca del cadáver decapitado de un solo hachazo, de un hombre de gabán negro, en las proximidades del parque infantil de Gossville, la noche de aquel sábado. Primero se pensó que había sido testigo de un horrible crimen, y la impresión le había reducido a ese lamentable estado actual.

Después el criterio médico y las investigaciones del *sheriff* Carter habían coincidido en una solución no menos terrible para una mujer joven y hermosa, con una vida llena de promesas por delante: ella, agredida por el forastero, había podido recoger el hacha que aquel individuo tratara de descargar sobre su propia cabeza, acaso al resbalar él o darle demasiado impulso al golpe. Y en su desesperado afán por defenderse, sus propias manos habían decapitado al agresor de un simple hachazo.

Esa acción terrible, era la que había convertido a Helen Casey en una dolorosa piltrafa humana, en una mujer sometida a una paralización total, tras el tremendo trauma sufrido al convertirse en asesina.

—Es espantoso, aun quedando libre de acusaciones —comentó Molly, la dueña del bar, enjugándose sus ojos enrojecidos por el llanto, cuando el juicio hubo dado fin y se dirigía a la salida de la sala del tribunal—. Pobre Helen... ¿Qué va a ser de ella ahora?

—No lo sé —confesó el *sheriff* tristemente—. Según el doctor Lee, es un mal psíquico, algo que está en la mente de ella, por eso no reacciona. Pero puede resultar del todo irreversible, dada la tremenda impresión sufrida.

—Si hubiera sido yo la que corta la cabeza a aquel sádico, no estaría ahora como Helen, seguro —declaró rabiosa mente Molly, mordiendo su pañuelo con rabia—. Se merecía eso y mucho más.

—Vamos, patrona, no se las dé ahora de despiadada —rió su cocinero, Gus, que la acompañaba, junto con dos de sus camareras —. Si se viera la cara que pone cuando ve la sangre de un pollo...

—Oh, Gus, calla. Te odio —murmuró ella, saliendo todos del recinto mezclados con el resto de asistentes a la vista previa, entre risas de complacencia.

Al final, sólo quedaron en la sala el abogado, Mark Stockwell, su esposa Jessica, el doctor Lee, el *sheriff* Carter y la propia acusada, libre ya de cargos, la inválida y silenciosa Helen Casey.

—Clínicamente, no hay remedio por el momento —opinó el médico, rompiendo el silencio—. He sugerido que se la hospitalice en un centro del estado hasta ver si existe alguna posibilidad de recuperación.

—Helen siempre ha sido una mujer sensible. Muy sensible —señaló Mark—. ¿Cree que la mejor terapia será verse internada en un centro médico estatal?

—No, desde luego —suspiró el doctor Lee—. Pero no veo otra solución. ¿Quién cargaría con una mujer en su estado, para cuidarse de ella día y noche, a la espera de una posible regresión a su estado normal, que quizás no se dé nunca?

—El doctor tiene razón —apoyó Carter—. Será lo mejor para ella, puesto que carece de familia. La señora Bridges se ha ofrecido a cuidar de ella en su casa, pero es una mujer de edad avanzada, padece de artrosis, según el doctor Lee, y no se puede confiar en que sea la persona idónea para cuidar de una inválida total.

Mark y Jessica se miraron en silencio. Ella asintió despacio, con la cabeza.

—¿Estás segura? —dudó él todavía, indeciso.

—Mark, fuiste su mejor amigo siempre —susurró ella—. También ella y yo nos llevamos siempre bien cuando trabajamos juntas en la tienda de O'Malloy. Es una buena chica y merecía otra suerte a la que ha tenido con este desdichado asunto, en el mejor momento de su vida. Es posible que el milagro se produzca antes de lo previsto y vuelva a ser la de antes. Tenemos dos personas de servicio. Y una casa lo bastante amplia y soleada. ¿Por qué no intentarlo, Mark?

—Jessica, yo hubiera decidido algo así a ciegas, pero preferí que fueses tú —suspiró Mark, apretando las manos de su esposa con calor—. Gracias. Ya lo ha oído, doctor Lee. Nos haremos cargo de ella, si no tienen inconveniente legal o médico usted y el *sheriff.*

Carter y el doctor cambiaron una mirada, entre sorprendidos y emocionados. El médico se encogió de hombros. El *sheriff* resopló.

—De acuerdo, Stockwell —admitió—. Ustedes son una familia respetable, y buenos amigos de Helen. Pero ¿se dan cuenta de la trascendencia y responsabilidad de su decisión?

—Totalmente, *sheriff.*

—Entonces, Dios les bendiga, amigos —suspiró Carter—. La ley les concede de buen grado la tutela y cuidados de la infortunada Helen Casey. Dios quiera que pronto se recupere y su sacrificio no resulte demasiado largo ni estéril...

—Si ella encuentra calor y afecto en nosotros, nada habrá sido estéril —aseguró Jessica con firmeza.

Los ojos verdes de Helen no revelaban nada en absoluto. Se limitaron a brillar levemente. Hubo un pestañeo. Miraban con fijeza a Mark y a Jessica Stockwell. Nadie hubiese podido leer en esos ojos vigilantes la más mínima emoción en uno u otro sentido.

Capítulo IV
ENID

—Ralph Baxter. Canadiense. Originario de Ottawa.

—¿Son datos fidedignos?

—Si, eso parece. Los ha conseguido el FBI de la Policía Montada del Canadá —informó el ayudante del *sheriff* Carter—. Las huellas dactilares del difunto coinciden. También la fotografía, pese a lo desfigurado de las facciones de una cabeza separada del tronco de un hachazo.

—¿Era reclamado por algún motivo, para que la Montada tuviera datos concretos de ese hombre?

—Si. Delitos sexuales en Canadá. Agresión a menores de edad, actos inmorales en parques públicos y salas de baile... Era un degenerado: exhibicionismo y abusos sexuales sin violación en algunas ocasiones. Estuvo dos veces encarcelado. No se tenía noticia de su presencia en Estados Unidos. Su oficio era el de peluquero de muñecas, en una juguetería de Ottawa. Extraño trabajo, ¿no?

—Y extraño tipo el tal Baxter —gruñó Carter, anotando todo en su bloc—. Lo pasaré al dosier e informaré a la policía del estado. Pero supongo que eso importa poco ya. El bribón encontró la horma de su zapato, después de todo.

—Y tanto, *sheriff* —admitió su ayudante, pensativo—. Todavía me pregunto muchas veces cómo pudo una mujer joven y aparentemente delicada como Helen Casey, sacar fuerzas suficientes para enarbolar un hacha y cortarle la cabeza de un tajo a un hombre como ese Ralph Baxter.

—He hablado de ello con el doctor Lee —suspiró Carter—. En principio, estaba tan perplejo como tú. El me dio una razón de tipo psíquico. Una persona aterrorizada, que de pronto se siente capaz de escapar a la muerte mediante un esfuerzo muy por encima de sus posibilidades físicas, puede llegar a desarrollar una fuerza increíble en su persona, bajo el efecto de ese trance, para después volver a ser la misma persona que siempre fue. Es como el loco agresivo. Durante unos momentos, sus energías se multiplican hasta lo inaudito. Ese fenómeno se produjo sin duda en Helen durante unos breves segundos que le bastaron para salvarse y abatir a su enemigo. Pero luego su mente sufrió un quebranto brutal al enfrentarse a la tremenda realidad de lo cometido.

—Me gustaría compartir esa teoría, *sheriff* pero...

El ayudante dejó en suspenso sus palabras. Carter, ceñudo, miró de soslayo a su colaborador.

—Pero ¿qué? —quiso saber, algo áspero de tono.

—No, nada —se encogió de hombros el comisario—. Posiblemente usted tenga razón y la tenga el doctor Lee, pero me gustaría más imaginar la otra posibilidad que fue desechada durante las investigaciones oficiales.
—¿Qué posibilidad?
—La de una tercera persona, presente en el escenario de la decapitación. Helen Casey, Ralph Baxter... y *otro.*
—¿Otro? —repitió Carter, enarcando las cejas—. ¿Usted cree en la teoría de un tercer personaje que fue el auténtico asesino de Baxter, y Helen se limitó a ser simple testigo de un crimen?
—La encuentro más verosímil, *sheriff.*
—Pero nada ha demostrado que sea factible. No ha sido visto nadie más, no había otras huellas en la nieve que las de Helen y el hombre decapitado, pese a que el sucio nevado se prestaba a conservar pisadas de cualquier otro. Los testigos no vieron huir a nadie. Oficialmente, carece de sentido buscar a un decapitador que no fuese la propia Helen Casey.
—Es posible, señor. Pero yo siempre albergaré mis dudas sobre lo que sucedió ese sábado por la noche en aquella calle oscura...
El *sheriff* Carter arrugó el ceño, paseó por su oficina, pensativo, y finalmente se detuvo ante la ventana, viendo caer la nieve que inevitablemente formaba parte del paisaje cotidiano de New Hampshire durante el invierno.
Inesperadamente, respondió a su ayudante de un modo que sorprendió a éste:
—¿Sabe una cosa, amigo mío? —habló con voz apagada—. Yo también tengo mis dudas sobre todo ello. Yo también...

* * *

Los ojos permanecían fijos. Extraña, profundamente fijos en alguna parte. O en ninguna parte.
Jessica Stockwell nunca estaba totalmente segura sobre es te punto. La inmovilidad del bello rostro de su invitada era tal, que era imposible penetrar tras aquella inescrutable máscara de carne rígida. Helen seguía siendo atractiva. Pero aquella tensión constante en su faz, llegaba a hacer pensar que solamente era una hermosa estatua de carne y nada más.
No obstante, aquellos ojos tenían luz, brillo, vitalidad profunda. Eran como un contraste ostensible, una incongruencia carente de sentido. Las manos siempre yertas sobre los brazos de la silla rodante, las piernas apoyadas sobre el soporte de sus pies. Ausente,

lejana e inaprehensible como una simple imagen en un espejo o en una vieja fotografía. Formaba parte ahora de su hogar, si. Pero era una remota sombra deambulando por la casa cuando una doncella, Mark o ella misma, conducían la silla de habitación en habitación. En otras ocasiones, como ahora, permanecía quieta ante el ventanal, viendo nevar sobre la pequeña población, rodeada por la blanca campiña. Y era, en cierto modo, como si no existiera. Como si, realmente, Helen Casey hubiera muerto aquel sábado por la noche, a la salida del cinematógrafo, en la oscura calle nevada.

—Me gustarla saber lo que piensas, Helen. Lo que se oculta en tu mente cuando miras a los demás, sin decir nada, sin alterar tu gesto —dijo Jessica Stockwell, mirando a su invitada profundamente preocupada, en pie ante ella—. Daria algo por penetrar en tus pensamientos, en tu cerebro, en tus sentimientos, querida amiga. Pero resulta tan imposible...

Ella no decía nada. No decía nunca nada. No se movía. Jamás lo hacía. Se limitaba a mirarla. Con aquellas verdes pupilas inmutables, herméticas, lejanas. Los labios bien dibujados no sonreían. No se crispaban en gesto de amargura, de dolor, de complacencia, de gratitud o de ira. Nada de nada. Era eso, simplemente: una máscara sobre una estatua.

—Oh, es inútil, lo sé —se exasperaba al fin Jessica—. Es como hablar con un muro, una figura de mármol. Lo siento, Helen. No quiero molestarte, no deseo causarte daño. Olvídalo, si es que realmente me oyes y me comprendes.

Se alejó de su amiga, sin añadir palabra alguna. Los ojos de Helen se limitaron a girar de lado, como siguiendo su marcha. Después, volvieron a clavarse en la nieve, inmutables.

Abajo sonó la voz de Mark, que volvía de un breve viaje profesional, ejerciendo su profesión de abogado en el Condado, como siempre. Por un momento, fue como si los ojos de Helen dejaran solamente de mirar, de vigilar en torno, para reflejar de modo fugaz una oculta emoción, algo oculto en su interior, que sólo ella quería saber. Hubo una breve luz en el fondo de sus pupilas. Luego, nada. Inmovilidad, hermetismo, indiferencia.

Y así un día tras otro. Una semana tras otra, a medida que avanzaba el invierno y el crudo mes de enero de 1920 se hacía sentir en las regiones de New Hampshire. Las visitas del doctor Lee se iban haciendo menos frecuentes y menos esperanzadas también. El servicio de los Stockwell se quejaba a menudo, incluso en el pueblo, del excesivo trabajo que les daba Helen con su eterna quietud y la necesidad imperiosa de tener que auxiliarla en todo momento, convertida en un verdadero parásito incapaz de valerse por sí misma absolutamente en nada.

Hasta que un día, extenuada de luchar ella misma con el servicio y con su invitada, Jessica cometió un grave error.

Ese error fue, simplemente, decirle a su esposo, Mark Stockwell, cuando éste regresó de una ausencia de dos días, asistiendo a un juicio en Confort:

—Tenemos que hacer algo, Mark. Enid se ha despedido. Y la señora Watkins está dispuesta a hacer lo mismo. Esto se prolonga demasiado tiempo. Y no parece existir la menor esperanza de recuperación. Tenemos que pensar algo, Mark. Hay que recluir a Helen en alguna parte.

Si, eso fue un error. Un tremendo error de Jessica Stockwell.

Un error que iba a costar dos vidas humanas.

* * *

Enid Bowers estaba completamente borracha.

Rodeada de mujerzuelas de Blue Street, en aquella cantina de pésima nota de la calle más tristemente popular de la población, y de hombres de los que gustaban codearse con damas de aquella calaña, daba rienda suelta a su lengua, movida por los vapores del alcohol concentrados en alta dosis en su romo cerebro:

—Si, señoras —afirmaba, entre algún eructo que otro y constante hipo, enrojecidos los ojos, desabotonada parte de la blusa, que dejaba ver una generosa porción de sus macizos senos, y despeinada de un modo lamentable, que a ella parecía importarle un comino—. Como suena. Me he despedido de aquella casa porque no podía soportarlo un minuto más.

—Vamos, vamos. Enid, que bien debías sisar a tus amos cuando ibas a la compra —se mofó una pelirroja agresiva y

con más años de los adecuados para su «profesión»—. De eso estoy segura.

—Bueno, ¿y qué? —protestó agriamente la criada, mirando con expresión turbia a la que había hablado—. Eso no compensa de muchas cosas, después de todo.

—¿Qué cosas, encanto? —preguntó uno de los presentes, deslizando una mano hacia el busto de Enid.

—¡Eh, las manos quietas! —advirtió ella, revolviéndose airada y pegando un manotazo al atrevido—. Varaos, vamos, cosas que sabe todo el mundo en Gossville. Esa inválida del demonio... Todo el día pendiente de ella, conduciendo su silla de ruedas, cambiándola de ropas, ayudándola a comer, ayudándola a todo, porque es como un trozo de madera, incapaz de otra cosa que mirarte, siempre mirarte con fijeza, como si te estuviera observando y burlándose de ti porque has de someterte a todo para tenerla de forma adecuada... Os aseguro que es una auténtica odisea trabajar en esa casa desde que está la tal Helen. No aguantaba más, palabra.

—Pero supongo que la señora y el señor también te ayudarían a hacer más llevadera la tarea —objetó una de las fulanas allí presentes, echándose al coleto sin pestañear un largo trago de ginebra sin agua ni hielo—. Creo que el señor Stockwell fue medio novio de esa infeliz, y por eso la recogió, por sentimentalismo del pasado. En cuanto a la señora Stockwell, todo el mundo sabe que es una mujer laboriosa y afectuosa, que se desvive por cuidar de su antigua amiga...

—Bah, paparruchas de la gente —rechazó con gesto desabrido Enid—. Nadie sabe realmente lo que ocurre allí, no digáis tonterías. El señor ya ni se acuerda de su posible romance con Helen Casey. ¿Cómo va a guardar algo en su corazón, viendo a esa mujer convertida en una piltrafa humana, en una triste estatua de carne pegada de por vida a una silla de ruedas? En cuanto a la señora Stockwell... bueno, una cosa es tener tan buena fama y otra responder realmente a ella.

Estas últimas palabras las pronunció con un raro tono malicioso y significativo que no podía escapar a la curiosidad malsana de las mujerzuelas y de sus acompañantes. Uno de éstos pidió más *bourbon* para la criada, y luego le insinuó, inclinándose hacia ella con sonrisa solapada:

—Eh, eso es interesante, sin duda. ¿Qué quisiste decir con lo de «tener buena fama», Enid?

—No, nada —cortó esta abruptamente.

—Debes hablar por puro rencor —añadió una de las fulanas con la mayor malicia del mundo—. Todos en Gossville sabemos la clase de gran dama que es Jessica Stockwell...

—¡Gran dama! —se soliviantó airadamente Enid, revolviéndose hacia la que hablaba, con auténtica rabia en su enrojecido rostro—. ¡A cualquier cosa se le llama así hoy en día! Me gustaría que supierais lo que yo sé de ella...

—Vamos, vamos, Enid, exageras —añadió otra, guiñando un ojo a sus compañeras—. Nadie creería una sola palabra pronunciada contra esa buena señora, tan arrogante, tan bonita, tan llena de elegancia y tan honesta...

Eso hizo saltar los resortes, ya de por sí bastante tensos, de la acumulada ira de Enid Bowers. Se irguió, moviendo la cabeza de tal modo que sus pelos se agitaron como una banderola y replicó con voz chirriante:

—¡Honesta! Me hacéis reír... ¿Sabéis lo que es esa dama? ¡Una furcia peor que todas vosotras, queridas!

—Oye, sin faltar... —protestó una.

—Pues id al diablo antes de hablar de algo que no sabéis ¡ —se irritó la criada—. Yo, con mis propios ojos, he visto a la señora Stockwell meterse en una casa de las afueras con un rico ciudadano de Gossville, y no creo que fuesen precisamente a rezar, porque según su esposo, ella estaba en una reunión de damas caritativas de la localidad en esos momentos. Y he visto merodear la casa a ese mismo caballero, en ocasiones. E incluso una vez que el señor estaba ausente y ella creía que todos dormíamos, hizo entrar de noche en la vivienda al mismo caballerete, con quien se encerró en una alcoba durante más de dos horas. ¿A que nadie sabía eso en este cochino pueblo?

Las mujeres y los hombres se miraron con asombro. Nadie podía dar crédito a las palabras de Enid. Pero lo cierto es que estaba demasiado ebria para mentir. De modo que debía ser cierto.

—Cielos, con lo enamorada que parece estar de su marido... —comentó una.

—Con lo que todas envidiamos a esa mujer cuando se casó con un tipo tan guapo como Mark Stockwell... —suspiró otra, moviendo sus pestañas cargadas de *rimmel.*

—Pues ahora ya lo sabéis —eructó Enid, despectiva—. Así es Jessica Stockwell en realidad. Tiene un esposo amante y noble que no se merece. Y guapo, por añadidura. Sin embargo, ella le engaña con un sucio tipo grande y peludo, el rico granjero Lawrence Miller.

—¡Larry Miller! —boqueó una de las rameras—. ¡Pero si es un gorila repugnante! Una vez estuvo conmigo y me dio asco...

—Pues así son las damiselas de la buena sociedad, querida —rió obscenamente Enid—. Esa Jessica Stockwell merecería haber pasado la experiencia de Helen Casey en vez de tocarle la china a esa infeliz, con cuya acogida en casa se ha querido cubrir a ojos de

todo el pueblo con un manto de santidad o poco menos. La muy zorra...

En ese momento, una fría corriente cruzó la cantina, helando la piel de todos los presentes y calando hasta sus huesos. Una puerta golpeó seca a espaldas del grupo reunido en torno a la parlanchina Enid.

—Eh, ¿qué es eso? —se volvió una de las mujerzuelas, sorprendida—. ¿Quién ha entrado ahora?

No había nadie. La puerta de la cantina estaba cerrada. Pero todas recordaban el soplo helado de aire. Fuera, la nieve formaba una blanca costra helada en las calles, a la claridad lechosa de las farolas de alumbrado que habían suplido recientemente a las viejas alimentadas por gas. Un hombre fue hasta la vidriera y miró al exterior tras limpiar de un manotazo sus empañados cristales. Luego se encogió de hombros.

—No se ve a nadie —comentó, indiferente, volviendo al grupo con su jarra de cerveza en la mano.

—Es extraño —comentó una de las rameras, la que había preguntado antes—. Hubiera jurado que había alguien tras de mí en ese momento... Era como sentir unos ojos vigilándome. La verdad es que ya había creído sentir esa sensación poco antes, pero las palabras de Enid eran tan interesantes que lo olvidé de momento...

Fue toda la importancia que dieron en aquella reunión a lo sucedido. Sin embargo, más tarde recordarían muchos de los presentes aquel vago e indefinible incidente, cuando el doble crimen tuvo lugar en Gossville...

* * *

Enid caminaba dando traspiés, de regreso a su casa, en los suburbios industriales de Gossville, cerca de la fábrica de cemento de la zona sur. La oscuridad era casi impenetrable, salvo las luces de la propia fábrica, brillando aisladamente en la madrugada. Iba canturreando una vieja canción escocesa, que había oído cantar en la niñez a su madre, originaria de aquellas tierras británicas. De vez en cuando daba un tras pié en la dura nieve, resbaladiza como cristal mojado. Pero por raro milagro, se recuperaba sin caer, y continuaba con su inseguro y torpe paso.

Llegó al final de la callejuela bordeada de altas vallas de ladrillo, pertencientes a un viejo almacén y a uno de los nuevos centros de energía eléctrica de la zona, y contempló dificultosamente la pendiente helada que conducía a las casuchas miserables que

bordeaban el sendero arbolado hacia las afueras del pueblo. Soltó un grito espasmódico y siguió adelante con decisión sorprendente en una mujer ebria.

De repente, se paró en seco. Había estado segura de que uno de aquellos árboles era de tronco más grueso que los demás. Eso era raro, porque todos los árboles de la hilera situada a su izquierda eran iguales de grosor, siempre lo habían sido. Atribuyó el efecto a un fallo de su visión, nublada por el alcohol, y siguió adelante, a trompicones. Pasó frente al árbol en cuestión.

De repente, éste pareció desgajarse en dos. El tronco se hizo más delgado al despegarse de él la sombra en movimiento. La claridad cristalina que emitía la nieve dura, al reflejar las lucecillas de la fábrica de cemento, se quebró siniestramente en algo cuadrangular y acerado.

—Eh... ¿qué es eso? —preguntó con voz estropajosa, empezando a sentirse mucho menos tranquila que hasta entonces.

La sombra se movió hacia ella sobre la costra de hielo sucio. También el fulgor metálico, azulado y frío. Una extraña risa, sorda e hiriente, brotó de aquella masa de oscuridad en movimiento. Enid empezó a sentir que los vapores del alcohol se evadían de su cerebro, para ser sustituidos por una oleada de torpe terror.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace ahí? —jadeó—. ¿Qué pretende?

La risa se repitió, ominosa. La figura estaba ya lo bastante cerca. Una especie de capa o chal negro la envolvía hasta cerca de los pies. De pronto, la luz hirió su rostro. Y, sobre todo, sus ojos.

Sus ojos...

Enid lanzó un alarido ronco de asombro, incredulidad y horror sin límites. Dio un paso atrás, tambaleante, insegura, estremecida, ya casi sin sombra de embriaguez en su persona.

—No..., no es posible... —jadeó—. No puede ser...

—Sí, Enid —dijo torvamente la voz ronca de aquel ser surgido como una pesadilla, de la profundidad oscura de la noche glacial—. Puede ser... Mereces esto. Y vas a tenerlo...

El destello acerado se alzó rápido. Enid chilló, tratando de retroceder. Cayó de rodillas ante la sombra amenazadora. Elevó su rostro con pavor inmenso, hacia la persona que clavaba en ella sus ojos crueles y vengativos, al tiempo que el acero descendía, sibilante...

Un golpe seco, sordo, escalofriante. Y bastó.

Un doble borbotón de sangre espesa escapó de las carótidas de Enid Bowers cuando el filo de la pequeña hacha seccionó su cuello brutalmente. La cabeza voló, separada del tronco, como una victima guillotinada. Fue como una pelota sorda, pesada, rodando entre regueros de sangre por la costra de nieve helada, mientras el cuerpo

se agitaba en espasmos, con el cuello segado limpiamente, vomitando sangre en forma torrencial.

Una seca carcajada de la figura asesina retumbó en el silencio trágico del escenario del crimen. Luego la figura se inclinó, secando el hacha en las propias ropas de la victima decapitada. El filo de acero centelleante volvió a ocultarse bajo los pliegues del chal.

La sombra se alejó sin prisas, lentamente, perdiéndose en las tinieblas, más allá del sendero.

Capitulo V JESSICA

Tenía que darse prisa. Mucha prisa.

Mark volvería por la mañana, si no se demoraba con el caso que le había llevado en esta ocasión a la ciudad de Manchester, al sur de New Hampshire. Y ella tenía que estar de regreso en el hogar antes de eso. No podía permitir que él sospechase cosa alguna de sus salidas clandestinas de casa, para verse con aquel fornido mocetón, vulgar y obsceno, que era Lawrence Miller. Hubiera querido olvidarse que existía un tipo así, pero no le era posible.

Ella, la dama elegante y refinada, no podía pasar sin la abyección de verse en brazos de una bestia como Larry Miller, capaz de hacerla sufrir en sus sesiones amorosas. Era todo lo contrario de Mark. Su esposo era apasionado pero tierno y afectuoso, un caballero fuera o dentro de la cama. Miller era la antítesis de esa clase de hombre. Burdo, brutal, un simple macho de la especie al que después de hacer el amor con él se le podía odiar y hasta podía causar repugnancia. Pero su instinto sexual oculto era más fuerte que ella, que su sentido común, que su capa de mujer civilizada y de buena educación.

Confiaba en que la señora Watkins, su único servicio en la actualidad, estuviese profundamente dormida, como ya había procurado ella conseguir con aquella droga somnífera mezclada en el café que ella no llegó a probar pero sí su cocinera. En cuanto a Helen, tanto daba que durmiese como si no. Era un ser sujeto a su silla de ruedas, inmóvil, muda, incapaz de expresar nada. Ella no le preocupaba lo más mínimo.

Llegó a su casa. Introdujo el llavín en la puerta vidriera. Entró en el vestíbulo y cerró tras de sí suavemente. Eran ya las cuatro menos diez de la mañana. Demasiado tarde esta vez. Se había demorado, en su cita de esta noche con Miller. Tendría que tener más cuidado en lo sucesivo. Antes de las seis, la señora Watkins ya estaba levantada. Y al día siguiente tenía que recibir a una aspirante al puesto que dejara vacante Enid, para servir de doncella y de ayudante de la pobre Helen.

Empezaba a estar harta de Helen, se dijo con cierta irritación, al cruzar el vestíbulo, que procuró no encender, guiándose sólo con la claridad que llegaba de la calle, a través de las vidrieras de color de la entrada. Colgó su abrigo y su casquete de lana sin adornos en el perchero, y se dispuso a subir la empinada escalera hacia la planta alta, pensando todavía en Helen y en los problemas que le creaba su presencia en casa. Dudaba que ninguna servidumbre soportara en el futuro tan dura prueba. Ya había dado suficientes muestras de generosidad y buen corazón ante el pueblo. Era hora de ir pensando

algo práctico y llevar a Helen a una residencia para personas como ella. Convencería de ello a Mark aunque le costara un poco.

De pronto, sus pensamientos se diluyeron en una repentina y brusca sorpresa.

Había oído pisadas *arriba.*

Pisadas que bajaban lentamente la mal alumbrada escalera.

El corazón le dio un vuelco. Pensó si Mark habría regresado antes de lo previsto. Y sintió miedo. ¿Cómo iba a explicarle ahora lo de su tardío regreso de madrugada?

Alzó los ojos hacia lo alto, en busca de la persona que bajaba con aquellos pasos lentos y casi solemnes los peldaños de la escalera. Una sombra se proyectó en la pared, al pasar la persona ante una de las luces que permanecían encendidas tocia la noche en las dos hornacinas de la planta alta.

No era la silueta de Mark, pensó con extrañeza. Ni siquiera parecía la figura de un hombre. Era ridículo, pero tenía que ser la señora Watkins, aunque ella nunca entraba en aquella ala de la casa en plena noche.

La forma humana apareció ante sus ojos, en el rellano central de la escalera. Lentamente, el rostro se fue volviendo, hasta que la claridad lo iluminó frente a ella. Los ojos se clavaron en Jessica Stockwell con rara fijeza.

Esta lanzó un grito ronco. Retrocedió, como golpeado por un mazo. Su estupor no tuvo límites al reconocer a la persona que bajaba la escalera.

—¡*Helen*! —casi gritó—. ¡Tú! ¡No puede ser! ¡Estás andando, *moviéndote*!

Helen Casey la miró larga, glacialmente, con una rara sonrisa dibujada en sus labios. Era ella, sí. Erguida, moviéndose por la escalera, caminando despacio hacia ella.

—Buenas noches. Jessica —saludó—. Vuelves muy tarde, ¿no crees?

Era *su* voz. La voz de Helen, ciertamente. No había error posible. No era una ilusión ni una fantasía de sus sentidos. Era Helen Casey. Sin silla de ruedas. Sin inmovilidad.

—Dios mío, Helen, tiene que ser un milagro... —susurró—, No puedes ser tú... Esto no puede haber ocurrido de repente...

—Ha ocurrido —sonrió Helen—, Y eso basta.

—Mark se va a alegrar mucho cuando vuelva y lo vea, Helen. Es algo maravilloso que hayas podido al fin volver a ser quien siempre fuiste, abandonar esa silla de inválida...

Helen bajaba hacia ella Iba envuelta en un chal, las manos debajo de éste, como protegiéndose del frío, pese a que en la casa la temperatura era agradable a pesar de la baja temperatura en el

exterior.

—¿De dónde vienes *ahora*? —insistió Helen con su rara entonación carente de emociones—. ¿De verte con Larry Miller acaso?

Jessica Stockwell palideció intensamente. Se quedó sin habla. Una corriente helada pareció escalar su espina dorsal, llevándole un hormigueo glacial al cerebro. Casi se tambaleó. La voz le brotó ronca, irreconocible:

—¿Qué..., qué dices? —jadeó—. ¿Qué locura es ésa?

Helen estaba ante ella ya. Dos escalones le faltaban para alcanzar el suelo de baldosas del vestíbulo. Ello le permitía sobrepasar a Jessica en más de la altura de su cabeza.

—Sabes que *no* es una locura —dijo Helen, implacable—. Vienes de allí. Siempre vas a verte con él. Es tu amante. Engañas a Mark con ese cerdo de Miller...

—Helen, por el amor de Dios... —suplicó Jessica, despavorida, juntando sus manos—. Yo te explicaré todo... No tienes que decirle nada a Mark. No es lo que piensas...

—Es inútil que te defiendas, Jessica. Sé la clase de mujer que eres. Sé la falsedad, inmundicia y mentira que se oculta tras esa máscara de mujer honesta, caritativa y dulce. Lo sé *todo.* Enid lo contó antes de... antes de morir...

—*¡Morir*! —repitió Jessica, sintiendo un indefinible, vivo terror, mientras los vigilantes ojos verdes de la ex inválida seguían fijos en ella—. Enid muerta... No es cierto... Ella se despidió. No está muerta...

—Lo está Jessica. *Yo misma la maté esta noche,* no hace aún dos horas...

—¿Qué... qué dices? —musitó Jessica, retrocediendo, con un hilo medroso de voz—, Helen, no estás hablando en serio...

—Claro que hablo en serio. Enid está muerta. Y tú... vas a estarlo ahora. *Ya* Jessica...

De su chal extrajo las manos. Empuñaba en sus enguantados dedos una corta y no muy grande hacha de descuartizar carne vacuna. Jessica chilló, con un horror total, inmenso. El hacha voló en sentido horizontal, trazando un siniestro semicírculo sibilante en el aire. Se llevó por delante el cuello de Jessica Stockwell.

Fue tal la violencia seca y precisa del tajo, que la cabeza de la esposa de Mark voló por los aires, desplazada violentamente, chocó contra un espejo, rebotando tras dejar en él un charco de sangre que se deslizó en regueros hacia abajo, y se fue dando tumbos hasta quedar bajo las prendas del perchero, guiñando espantosamente sus ojos, la boca repentinamente llena de sangre, mientras el cuerpo decapitado rodaba al pie de la escalera, ante la rígida e inexorable Helen Casey, que la vio caer, indiferente, mientras el hacha goteaba

un torrente sanguíneo imparable, que lo iba embadurnando todo con aquel oscuro escarlata. Manos y pies de la víctima, sufrían aún un temblor espasmódico, fruto de los nervios aún con vida en el cuerpo mutilado.

—Justicia cumplida, Jessica —silabeó Helen, indiferente, inclinándose a limpiar el hacha en las elegantes ropas de la víctima.

Luego fue hasta la puerta y descorrió el pestillo, dejándola entreabierta. Un ¡¡opio helado penetró en el vestíbulo.

Despacio, como sin prisas, Helen regresó al piso alto, hacha en mano. Abajo, quedó el cadáver dividido en dos partes, en medio de un verdadero caos sanguinolento que todo lo salpicaba.

Cuando Helen alcanzó su alcoba, envolvió el hacha en el chal y ocultó ambas cosas en el interior de la chimenea apagada. Se tendió en el lecho sin prisas. Respiró hondo, los ojos fijos en el techo.

Súbitamente, como si volviese de un trance, una rigidez extraña fue extendiéndose por todo su cuerpo. Se quedó inmóvil, tensa, con aquella máscara de inexpresividad que caracterizaba su rostro desde la noche en que fuera decapitado el forastero del gabán negro.

Ya no hubiera podido moverse por nada del mundo. Sólo pudo pestañear un poco. El resto de su cuerpo, volvía a tener la inmovilidad de antes. Ni siquiera hubiese podido modular una sola palabra o mover un dedo, de haberlo precisado.

En la silenciosa casa, sólo era audible el tictac sonoro de un viejo reloj de carillón en el vestíbulo. Momentos después, empezó a desgranar cuatro lentas campanadas.

Eso fue lo único que alteró el mortal silencio de la vivienda de los Stockwell.

* * *

—¿Qué puedo decirle, señor Stockwell? Creo que no hay palabras para expresar mi condolencia en este caso...

Mark no dijo nada. Se limitó a permanecer quieto, las manos cubriendo su rostro, el cuerpo agitado de vez en cuando por un estremecimiento. En la estancia reinaba un clima denso, obsesivo y demoledor.

—Dios mío... —susurró el doctor Lee, regresando muy pálido del vestíbulo—. Vaya mañana...

El *sheriff* Carter le miró casi reprobador por su inoportuno comentario, y el médico echó una ojeada a Stockwell, antes de excusarse:

—Lo siento. Es que después de lo de esa chica, Enid..., ahora esto.

—¿Enid? —Stockwell alzó la cabeza, sobresaltado. Tenía los ojos enrojecidos aunque en este momento no lloraba. Su rostro estaba desencajado, lívido—. ¿Qué le pasa a esa muchacha?

—Lo mismo que le pasó a su esposa —dijo sordamente Carter, frotándose el mentón con su gesto habitual cuando estaba preocupado y en tensión—. También la... la mataron de igual forma.

—Cielos... —jadeó Mark—, No es posible... ¿Dónde ocurrió eso?

—Cerca de su casa, en los suburbios. Al parecer había bebido mucho. Apestaba a alcohol. El asesino tuvo trabajo esta madrugada, señor Stockwell. Mucho trabajo.

Mark asintió, inclinando la cabeza, demudado.

—¿Por qué Jessica? —se preguntó—. ¿Por qué ella?

—¿Por qué Enid? —replicó el *sheriff* con amargura—. Estamos ante un loco, señor Stockwell. Un loco peligroso y cruel. Siempre mata mujeres... excepto en el caso de la decapitación de ese forastero canadiense, Ralph Baxter.

—Creí que esa muerte se atribuía oficialmente a Helen —le recordó Mark, clavando sus angustiados ojos en el hombre de la ley.

—Hasta ahora, sí. Creo que todos nos equivocamos de medio a medio. Helen debió ser simple testigo del hecho. Eso alteró su ser de ese modo. Convendría que pudiese hablar, expresarse de algún modo. Tuvo que ver aquella triste noche al asesino...

—Dudo que lo consiga, *sheriff* —rechazó el doctor Lee vivamente —. Examiné precisamente ayer por la mañana a Helen. Sigue en igual estado. Su mente se niega a que su cuerpo funcione. Su psicosis de terror inmovilizó sus centros nerviosos. Hice toda clase de pruebas. No respondió en absoluto. No tiene reflejos ni reacciones. Es un simple cuerpo con vida, incapaz de comunicarse, de entender quizás lo que pasa a su alrededor...

—Buen rompecabezas es éste —se quejó Carter—. Tenemos la muerte de su esposa, señor Stockwell. Tuvo que suceder en plena madrugada...

—Creo que entre dos y cinco de la madrugada —asintió el médico —. La autopsia puede que me permita concretar más. Yo apostaría que pasó entre tres y cuatro y media, pero es sólo una opinión particular.

—Exacto, doctor. Y la señora Stockwell, a esas horas, estaba en el vestíbulo, vestida de calle, maquillada, la puerta entreabierta, sin duda tras huir por ella el asesino tras cometer su crimen... ¿Qué podía hacer su esposa a tales horas, vestida como para ir a una reunión social?

—Lo siento. No puedo entenderlo —musitó Mark—. Yo no regresaba hasta las nueve o las diez de la mañana como mínimo, y ella lo sabía. Nunca madrugó tanto. No trasnochó tampoco. No tenía

sentido ir tan arreglada, ser sorprendida en el vestíbulo...

—Por los regueros de sangre y la forma en que cayó el cuerpo, su asesino estaba en la escalera, un poco más alto de nivel que ella, a menos que fuese una persona de considerable estatura, ya que su esposa era bastante alta para ser mujer. La golpeó con el arma, posiblemente un hacha, con toda la facilidad y ventaja del mundo.

—Dios mío... —susurró Mark, tragando saliva.

—Lo siento. No puedo hablar de otro modo —se excusó Carter—. ¿Lo comprende?

—Si, claro. No le reprocho nada a usted. Sólo que no puedo dejar de pensar...

—Lo sé, lo sé —suspiró el *sheriff—.* Me hago cargo de su estado de ánimo, amigo mío. Procuraré ser lo menos molesto posible. ¿Cree que puede haber relación entre la muerte de Enid y de su esposa? La chica había sido su doncella hasta ayer...

—No creo que exista la menor relación —rechazó Mark—. Ella ya no pertenecía a la casa. Usted dice que iba ebria y murió en un suburbio. En cambio, Jessica murió en su propia casa... ¿cuándo mataron a la muchacha, a Enid?

—Entre doce y dos, aproximadamente —calculó rápido el doctor Lee, cerrando su maletín con gesto ensombrecido—. Creo que el arma fue la misma y también la mano. El corte es preciso, potente. Y el filo no dejó mellas. Es un arma muy afilada. Un hacha no muy grande, sin duda. Pero todo esto son ya simples divagaciones, claro.

—Ahora, al menos, sabemos que existe un asesino que anda suelto por Gossville —murmuró agriamente Carter—. Juro que daré con él, sea como sea...

Se interrumpió cuando la señora Watkins, pálida y silenciosa, asomó a la estancia, con aire tímido. Carraspeó levemente. Todos se volvieron a mirarla.

—¿Si, señora Watkins? —murmuró Mark cansadamente—. ¿Qué es lo que desea?

—Perdone que le moleste ahora, señor, pero... ha venido una joven respondiendo el anuncio de la difunta señora, solicitando una doncella y compañera para la señorita Casey —se le estranguló la voz de emoción a la buena mujer—. Pensé que hace falta en esta casa otra sirvienta, ahora más que nunca, pero no sé si usted puede en estos momentos...

—No, no puedo, señora Watkins —musitó Mark—. Pero tiene razón. Necesita una ayuda para cuidar la casa y atender a Helen. Ocúpese usted misma de todo. Examine a la candidata, resuelva por sí misma, y luego me dirá lo que hay de nuevo, ¿de acuerdo?

—Si, señor Stockwell —afirmó la mujer—. Gracias por la confianza... y perdone.

Se retiró en silencio. Carter miraba a la nevada calle con el ceño fruncido. El médico se retiraba ya, tomando su sombrero de paja de un perchero.

—Creo que no le importunaré más de momento, señor Stockwell —resolvió bruscamente el *sheriff* Carter dando media vuelta—. Me voy con usted, doctor.

—Como quiera —asintió el médico, encogiéndose de hombros, camino de la salida.

Se despidieron de Mark, pero éste apenas si hizo un leve movimiento de cabeza, en respuesta, ocultando de nuevo su rostro entre ambas manos crispadas.

Ya en la calle, el médico escudriñó de soslayo a su acompañante.

—Bueno, ¿qué quiere de mi, *sheriff!* —quiso saber.

—Es usted muy listo —gruñó Carter—. ¿Por qué supo que quería algo?

—Es obvio. Le conozco bien. Está rumiando algo sobre ese asunto, ¿cierto?

—Muy cierto —asintió Carter—. Tenemos un testigo excepcional, el único que pude llevarnos hasta el posible asesino de esas infortunadas mujeres y del canadiense Baxter. Ese testigo es Helen Casey.

—Como si no tuviera nada. Ya sabe lo que ocurre.

—Mire, doctor Lee, usted ha dicho que su mal es psíquico, ¿no?

—En efecto.

—¿Por qué no llamar, entonces, a un especialista, un psiquiatra de la ciudad, que trate de ahondar en esa pobre mujer y llegar al fondo de su mente? Quizás mediante un trata-

miento adecuado, podría revelarnos de algún modo lo que sabe y calla...

—Sí, es muy posible. Yo no soy un experto en psiquiatría, después de todo.

—¿Cuál es su criterio? ¿Vale la pena intentarlo?

—Desde luego. Yo lo intentaría, en su lugar. Me tiene a su disposición por si desea que coopere. Conozco un par de buenos psiquiatras que podrían ocuparse del caso.

—Entonces, adelante. Dejo el asunto en sus manos. El condado pagará los gastos del examen psiquiátrico de Helen Casey. Que vengan lo antes posible. Cuanto antes podamos saber quién es ese criminal loco, antes evitaremos que vuelva a correr la sangre en Gossville, doctor.

Capitulo VI
MILDRED

El funeral por Enid Bowers y Jessica Stockwell se celebró simultáneamente en la capilla baptista de Gossville, puesto que ambas eran de la misma religión. Fue el inicio de una época de tensión, recelos y terror, marcado por la gran manifestación de duelo de la población, volcada en masa en los oficios fúnebres.

Tras recibir sepultura ambas mujeres, no muy lejos una de otra, si bien diferenciadas por el suntuoso sepulcro de piedra de Jessica y la sencilla tumba de Enid Bowers, la nutrida concurrencia se dispersó con más rapidez de la habitual.

Aquella tarde, muy pronto, tanto los locales de Gossville destinados a beber o comer, como el baile, el cinematógrafo y el teatro, aparecieron desiertos virtualmente. Muy pocos transeúntes pasaban rápidos bajo la nevada incipiente, para meterse en sus casas y cerrar con las máximas precauciones puertas y ventanas.

El terror dominaba a la pequeña población. Todo el mundo tenía miedo, especialmente las mujeres.

En realidad, el terror era el amo absoluto del pueblo.

Terror a un desconocido asesino. Terror a un monstruo que decapitaba a sus víctimas y que nadie sabía quién podía ser. Terror a los propios vecinos, amigos y conciudadanos. El miedo empezaba a provocar el recelo y la desconfianza mutua.

Se podía palpar esa atmósfera en plena calle con sólo pararse y mirar a alguien. Inmediatamente, esa persona apresuraba el paso y se alejaba sin pérdida de tiempo del que le miraba. Si la persona escudriñada era una mujer, el alejamiento tenía toda la apariencia de una desbandada apenas disimulada.

—No me gusta esto —dijo Carter a su ayudante, contemplando la calle desde la oficina de la policía local.

—¿Qué *sheriff*? —indagó su comisario.

—Lo que está ocurriendo en Gossville. Hay miedo. La gente no se fía de nadie.

—Es lógico, ¿no? —comentó el comisario, moviendo la cabeza mientras completaba un dossier para el archivo—. A nadie le gusta perder la cabeza, como si estuviéramos en plena revolución francesa.

—Eso no tuvo gracia, Nick —replicó con aspereza Carter.

—Perdone. No pretendí que la tuviera —se excusó Nick algo turbado.

—Bueno, no me hagas caso. Creo que yo también estoy nervioso —tomó con decisión su sombrero—. Creo que voy a tomar algo. Si me necesitas, estaré en el bar de Molly.

—De acuerdo, jefe. Tenga cuidado con sus hamburguesas.

A veces son más peligrosas que el Decapitador.

Carter torció el gesto y salió a la calle moviendo la cabeza con disgusto.

—El Decapitador... —repitió para sí de mala gana—. No me gusta eso. Ya le han puesto nombre al bastardo que está bañando en sangre el pueblo, maldito sea. Si es uno de esos locos que se pavonean de sus hazañas, se sentirá feliz de saberse temido y dueño de tan siniestro apodo...

Se metió en el confortable local de Molly. Eran sólo las seis de la tarde pero la rolliza dueña del local estaba sola con una de sus camareras, Gus el cocinero asomado displicente por la ventanilla de la cocina, y un solo cliente al final de la barra, tomando un café y un emparedado de pollo. Carter le miró con un gruñido y se sentó en el lado opuesto del mostrador. Nunca le había gustado demasiado Larry Miller, el granjero. Además de poco estético y velludo en exceso, era grosero y poco simpático con la gente.

—Hola —saludó el *sheriff* ambiguamente, dirigiéndose a todos y a ninguno en particular—. Mala tarde, ¿eh?

—Y que lo diga, *sheriff* —se lamentó Molly, poniéndose en jarras—. No viene nadie. Parece que tengamos la lepra en este establecimiento...

—No me refería a eso, Molly. De todos modos, ocurre igual en los demás locales, te lo aseguro.

—Hablemos claro, *sheriff.* A mi el tiempo que haga me tiene sin cuidado, por frío que sea. Lo peor es esto, lo que sucede aquí últimamente. La gente está aterrorizada. Creo que se encierran en casa como si viniera la peste o la invasión de los bárbaros.

—Tienen sus razones, ¿no?

—Eso, desde luego —Molly le miró, desdeñosa—, ¿Qué hace la Ley, entretanto?

—No tenemos una varita mágica para resolver las cosas. Primero habíamos pensado que el caso se cerraba con la muerte de aquel forastero a manos de Helen Casey. Ahora resulta que Helen es inocente y que sólo fue testigo de un crimen horrible. El asesino, sea quien sea, sigue suelto.

—Se supone que pagamos los impuestos para sentirnos protegidos —le recordó Gus desde la cocina con sarcasmo.

—Al diablo con todos vosotros —gruñó Carter—, No soy un mago. Sólo un funcionario con métodos limitados. He pedido ayuda al FBI. Después de todo, hubo mutilaciones, y eso entra en su jurisdicción, ¿no? Pero aún no he tenido respuesta de los federales. A ésos les preocupa más la guerra entre bandas rivales de pistoleros y cosas asi.

—De modo que estamos a merced del Decapitador —señaló Molly,

sarcástica.

—Otra vez eso... ¿Quién le ha puesto ese apodo?

—¿El Decapitador? ¿Y cómo quiere que lo llamemos? ¿El hada madrina?

—Todos os creéis muy graciosos últimamente —rezongó

Carter irritado—. Sírveme un café caliente. ¿Has visto últimamente a algún forastero sospechoso?

—Vamos, vamos, *sheriff,* usted es un xenófobo como todo el pueblo —se mofó Larry Miller, rompiendo su silencio—. Solo desconfían de los forasteros, estoy seguro de que el que mató a esas pobres mujeres era alguien de este mismo lugar.

—¿Por qué está tan seguro, Miller? —demandó el *sheriff,* revolviéndose airado hacia el granjero.

—No sé —éste se encogió de hombros—. Es una corazonada. También hay mala gente en Gossville, aunque usted no quiera admitirlo.

—Sin duda. Pero hasta hoy nadie se dedicó a cortar cabe zas por ahí. Por cierto, usted ha sido leñador, ¿no es verdad Miller?

—Sí. Y sigo siéndolo. Corto la leña para mi granja. ¿Qué significa eso? —le desafió Miller—. ¿Acaso pretende acusarme a mi de algo?

—Yo no acuso a nadie. Cuando haga eso, significará que tengo a mi presa bien segura, sin posibilidad de escapatoria.

Los dos hombres se midieron con mirada hostil, sin pronunciar palabra. Al fin, Miller rió entre dientes, poniendo un billete sobre el mostrador y bajando del taburete sin terminarse sandwich ni café.

—Me voy a casa, como casi todo el mundo —comentó—. Le deseo suerte en su tarea, *sheriff.* Pero mucho me temo que el asesino es mucho más listo que usted...

Cerró tras de sí con gesto sardónico, alejándose bajo los copos de nieve que descendían lentamente del oscuro cielo. Carter le vio partir con las cejas fruncidas. Cambió una mirada con Molly y Gus.

—Fuerte como un toro *y* hábil con el hacha —comentó, moviendo la cabeza—. Un sospechoso ideal, ¿no les parece?

Y sorbió el café, sin que nadie le replicara.

* * *

—¿Es usted la nueva doncella?

—Sí, señor —afirmó la desconocida modosamente.

Mark Stockwell contempló con cierta curiosidad a la joven, desde su rostro sumido en la amargura y el dolor. Ella pestañeó, enrojeciendo levemente.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó él.

—Mildred, señor. Mildred Benson.

—Veo que la señora Watkins aprobó su candidatura a ese puesto...

—La señora Watkins fue muy amable conmigo, señor.

—Seguro que usted lo merece. Ella es muy amable, pero también muy severa en cuestiones de trabajo. Me alegra que saliera con bien del examen.

—Gracias, señor. Yo también espero que sea digna de ello.

—No crea que va a resultar fácil —comentó Mark, moviendo la cabeza, pensativo—. Entre conmigo, ¿quiere?

Y le señaló la puerta inmediata, en el corredor del piso alto de la casa de los Stockwell. Tras una indecisión, la joven doncella, impecablemente uniformada de negro, con cofia y delantal blanco, almidonado, pasó el umbral que le franqueaba cortésmente su nuevo patrón.

La muchacha dejó a su paso una estela de suave y limpio perfume. Mark observó que tenía cabellos suavemente cobrizos, ojos pardos y una naricilla breve, respingona por encima de sus labios carnosos e ingenuos. Parecía una muchacha tan pulcra como atractiva. Y bastante joven además, sin el aire algo descocado de la difunta Enid.

Penetró tras ella en la estancia suavemente sumergida en penumbras, con las cortinas corridas ante el ventanal entornado. En una silla de ruedas, junto a un lecho, aparecía Helen Casey, inmóvil en su asiento, rígida y distante, indiferente al parecer a todo.

Los ojos de la nueva doncella se encontraron con los de la paralítica. Fue como un choque de voluntades, sordo y profundo, que ni siquiera Mark pudo advertir, y que quizás pasó inadvertido para la propia Mildred.

—Helen, ésta es Mildred, la nueva doncella —explicó pacientemente Mark a su antigua compañera de estudios, apretando dulcemente un brazo de ésta—. Se ocupará de ti, entre otras cosas. Espero que estés satisfecha con ella. Ahora, va a ser la única que podrá ocuparse de ti, ausentes para siempre Jessica y Enid. Quisiera que entendieras esto, Helen. No sé siquiera si lo entiendes, pero ahora sólo te tengo a ti en el mundo. Me hubiera gustado que fuese de otro modo. Sólo nos queda confiar en el futuro. Haré cuanto esté en mi mano porque ello sea posible.

Helen nada respondió. No podía hacerlo. Sólo sus ojos, fijos en él, parecían reflejar algo de comprensión, de gratitud, de afecto, de algún sentimiento humano que Mark no podía entender. Mildred se aproximó a ella. Arregló sus ropas y alisó unos cabellos que tenía levemente desordenados. Los verdes ojos no reflejaron nada al mirarla.

—Puede confiar en mí, señorita —dijo la joven a la paciente—. Sé lo que le ocurre, me lo contó la señora Watkins. Le aseguro que tengo paciencia para cuidar de personas en su situación. No creo que pueda reprocharme nada.

—No lo hará aunque quisiera —se lamentó Mark tristemente—. Es irreversible, al parecer. A menos que un psiquiatra que el doctor Lee ha anunciado que llegará de Concord en breve encuentre el modo de volverla a la normalidad, cosa que dudo. Pero estoy seguro, de todos modos, que usted será la persona adecuada para este trabajo, Mildred. En usted confío. Ahora ya sabe lo que le espera aquí.

—No me arredra, señor —sonrió la joven, mirándole fijamente—. Lo haré, se lo aseguro. Y no me quejaré de nada. He entrado sabiendo a lo que vengo.

—Buena chica —sonrió vagamente Mark, dando un suave y afectuoso palmetazo en el hombro de la nueva doncella—. Gracias por su buena voluntad, Mildred. Creo que, ciertamente, va a ser una buena ayuda para todos nosotros...

Salió de la estancia con su habitual paso firme y decidido de siempre. Mildred se quedó sola con Helen. La miró. Los verdes ojos de la inválida estaban fijos en la puerta, como queriendo seguir a Mark Stockwell en su camino. Mildred sonrió a la paciente, mientras sus mejillas volvían a enrojecer tiñendo de carmín su bonito rostro juvenil.

—Es usted muy afortunada dentro de la desgracia, señorita —dijo la doncella—. El señor Stockwell la aprecia muy de veras. Y es tan fuerte, tan atractivo, tan lleno de seguridad en sí mismo... A su lado creo que nada debe de temer nunca. Volveré luego, señorita.

Salió, cerrando tras de sí. Ni un solo músculo se movió en el rostro hermético y paralizado de la inválida. Pero aquellos ojos alerta,

vigilantes siempre, se clavaron ahora en la puerta con una rara expresión indefinible. Eran ojos que vigilaban más que nunca, encerrados en una prisión de carne inerte. Ojos recelosos, fríos, desconfiados y casi crueles...

Casi inapreciablemente, como en un espasmo, uno de los dedos de la mano derecha, inmóvil y rígida, apoyada en el brazo de su silla de ruedas, se movió un solo instante mientras aquellos ojos fulguraban.

* * *

Mark Stockwell subió el cuello de su abrigo de pelo de camello, avanzando a través de las bien alumbradas calles del pueblo. Las lucecitas de Navidad brillaban en fachadas y escaparates. Sobre las puertas era visible el muérdago o el detalle navideño de turno. Pero no había espíritu de Navidad en las gentes. Soledad, silencio y temor eran las constantes de Gossville desde que estallara el horror de sangre y muerte. Habían sido unas tristes Navidades. Tampoco el fin de año prometía ser demasiado animado si la cosa seguía así.

Entró en el bar de Molly tras mirar distraídamente las carteleras del cinematógrafo, donde exhibían una película cómica de Mack Senett. Tampoco la gordezuela propietaria te- nía demasiada clientela esa noche. Lina pareja de novios charlaba entre sí en una mesa solitaria, y el doctor Lee tomaba café sentado a la barra. Este se volvió al ver entrar a Mark a través de un espejo situado ante él.

—Hola, Stockwell —saludó con indiferencia—. Hace frío. ¿eh?

—Bastante —asintió Mark, con grave expresión, sentándose junto a él—. Molly, quiero un *bourbon* con soda.

—Creí que usted no bebía alcohol, señor Stockwell —dijo Molly.

—Habitualmente, no lo hago. Son días de excepción, compréndalo.

—Lo comprendo muy bien —suspiró ella—. No sé qué decirle...

—No diga nada, gracias —dijo él seriamente—. Las cosas son como son. No podemos evitarlas lamentándonos. Si al menos supiera por qué, quién...

—Es lo mismo que dice Carter —apuntó el médico tristemente—. No hay forasteros estos días en Gossville. Es Navidad y casi todo el mundo está en sus casas. Tiene que ser uno de nosotros, Stockwell.

—Me resisto a creerlo.

—Todos nos resistimos, pero la evidencia parece clara. Aun así, siguen habitando la región por si cazan a algún merodeador sospechoso. Es lo que está haciendo Carter esta noche. Y seguirá

haciéndolo día tras día.

Mark probó el *bourbon,* tenía la mirada perdida en el vacío. Molly le contemplaba con una mezcla de dolor y de admiración. En el fondo, todas las mujeres de Gossville admiraban a Mark Stockwell. Pero él no parecía fijarse en eso.

—Me habló usted de un psiquiatra para Helen, ¿no? —preguntó el médico.

—Así es. Vendrá mañana de Concord —asintió el doctor Lee—. Hay otro en Boston que también es buen amigo mío. Vendrá desinteresadamente la semana que viene. Le intriga el caso clínico de esa joven. Es posible que consigan algo... aunque personalmente lo dudo.

—¿Por qué lo duda? —se intrigó Mark, con gesto de desaliento.

—El secreto de ese estado está aquí, en su mente. —Se tocó la cabeza de modo significativo—. Helen Casey no volverá a andar, moverse ni hablar, mientras ella, realmente, *no desee* hacerlo. En su subconsciente sabe que *puede* volver a ser la que era, pero su lado consciente se opone con todas sus fuerzas a ello, y bloquea el subconsciente de modo premeditado. La única lesión que sufre es mental. La impresión fue demasiado terrible para ella. Y la está pagando. Quizá siga pagándola hasta el fin de sus días, a menos que otro violento *shock* altere su estado psíquico y la devuelva a la normalidad.

—¿Qué clase de *shock*? —preguntó Mark.

—No sé. Verse ante el asesino de nuevo, pongamos por caso, e identificarle. Eso podría resultar. Pero en fin, los psiquiatras dirán su última palabra, Stockwell. Yo sólo soy un vulgar médico de pueblo, no un especialista en dolencias mentales. Habrá que esperar a que ellos lo examinen a fondo.

—Dios mío —murmuró Molly, moviendo la cabeza con pesimismo —. Pensar que aquella tarde todo era tan distinto, ¿recuerda, Stockwell? Usted y su esposa felices, en ese lado del mostrador... Helen en ese asiento, dispuesta a pasar una tarde agradable en el cine...

—Sí. Y un forastero de gabán negro, a quien todos creímos un asesino, ocupando el sitio de Helen cuando ella se marchó —asintió gravemente Mark—, Muchas cosas han ocurrido desde entonces, Molly. Pero creo que ese sábado por la tarde comenzó para nosotros este infierno...

—No olvide que ya había muerto decapitada una chica para entonces —comentó el doctor Lee distraídamente, bajando de su taburete—. Aquella pobre chica, Gladys, en el descampado...

—Cierto —corroboró Molly—, La pesadilla ya había comenzado. Sólo que esa tarde de sábado estalló en toda su virulencia...

—Me voy a casa, amigos —dijo el doctor Lee, abotonándose su abrigo—. ¿Usted se queda, Stockwell?

—Sólo un momento —murmuró éste cansadamente, afirmando con la cabeza—. Creo que tomaré otro *bourbon* antes de irme a dormir.

—¿No cree que eso es pasarse un poco? —dudó Molly, alarmada.

—A veces, beber un poco sienta bien a los nervios —sonrió con tristeza Stockwell—. No haga de mi ángel guardián, Molly. Le aseguro que no lo necesito.

—Como quiera —murmuró ella, encogiéndose de hombros y dirigiendo una mirada abatida a la solitaria calle nevada—. Vaya fiestas de Navidad... Esto parece un cementerio.

—No sólo lo parece, patrona —murmuró Gus meneando la cabeza de regreso a la cocina—. Empieza a serlo de verdad...

* * *

Mildred despertó bruscamente.

Habla tenido una pesadilla. Se sentó en su cama, agitada, sintiendo palpitar con fuerza su corazón. Había sido un sueño inquietante, donde se mezclaban sillas de ruedas, hachas y cuerpos ensangrentados. Después de todo, ella vivía en Gossville también. La psicosis de terror había hecho presa en ella del mismo modo que en los demás, aunque no se creía una chica demasiado impresionable.

—Fue un sueño muy desagradable —murmuró, serenándose.

Se puso en pie y encendió la luz de su mesilla. Eran ya las doce y media de la noche. En la calle, el silencio era absoluto. Como si todo Gossville estuviera dormido. O muerto.

Se envolvió en una bata de gruesa lana. Y se dispuso a salir de su dormitorio, en el ala de servicio.

«Tal vez la señorita Casey necesita algo —se dijo, saliendo al exterior resueltamente—. No me cuesta nada comprobarlo, por si acaso».

Avanzó por la casa sin demasiados temores, pese a saber que bajo aquel mismo techo, sólo dos fechas antes, había corrido la sangre a manos de un feroz asesino. Mildred pensaba que no era probable que el monstruo estuviera oculto precisamente en aquella casa.

Salió al ala destinada a los dueños de la vivienda. Miró a la alta y larga escalera, alumbrada mortecinamente por las lucecilla» de las dos hornacinas. Por vez primera se sintió algo impresionada.

Aquella enorme y silenciosa escalera había sido testigo mu do de un horrendo crimen. Era como si algo invisible, agazapado en ella, espiara a los que se aproximaban a ella, como maligna amenaza

impalpable.

«Tonterías —se dijo Mildred para sí—. Esas cosas no son sino imaginaciones...»

Empezó a subir la escalera peldaño a peldaño. No advirtió que arriba flotaba una vaga sombra en las penumbras del piso alto, acercándose silenciosamente a los peldaños descendentes. El reloj desgranaba su solemne y mecánico tictac, como un viejo corazón cansado.

Mildred tropezó con un pliegue de la alfombra, todavía salpicada de oscuras manchas de sangre. El leve ruido de sus pies en el peldaño pareció un estampido, en el profundo silencio de la casa.

La sombra de arriba quedó inmóvil un segundo. Mildred respiró hondo, escuchó, sin percibir sonido alguno, y siguió subiendo. La sombra se deslizó corredor adelante, sin producir el más leve ruido. Se filtró materialmente por la rendija abierta de una puerta entornada. La puerta luego chascó apagadamente al encajarse.

Mildred captó el sonido. Tenía un oído muy agudo. Se detuvo de nuevo, escuchando en la quietud torva de la fría noche. Se estremeció, tenía frió, no miedo. Siguió su ascensión.

Llegó arriba. Miró a uno y otro lado. Echó a andar hacia la habitación de Helen Casey. Se detuvo ante ella un instante. Dudó si molestarla con su visita nocturna. Pero ya que estaba allí, resolvió que era lo mejor.

Giró el pomo. Suave, muy suavemente, la puerta fue cediendo despacio. Asomó.

Allí estaba Helen. Inmóvil, como ella la dejara al acostarse. Tendida, cubierta por las sábanas, el rostro siempre boca arriba, los ojos cerrados, la respiración apenas audible, como si estuviera muerta. Dormía. Allí todo estaba normal. Una luz, en la mesilla, brillaba tenuemente en la alcoba.

Mildred se tranquilizó. Le preocupaba siempre lo que pudiera sucederle a una mujer que no podía hablar, ni gritar, ni moverse. Respiró hondo y cerró de nuevo, regresando a su dormitorio a través de la desierta y silenciosa casa.

Arriba, en el dormitorio de Helen, ocurría algo entre tanto. Algo que ni ella ni Mark Stockwell hubieran podido imaginar ni remotamente.

Helen apartó con lentitud sus sábanas. Movió manos y brazos, al levantar los párpados. Tenía entre sus manos el hacha de reducido tamaño. Vestía enteramente de oscuro, con un chal negro sobre los hombros. De haber alzado Mildred una sola punta del embozo, hubiera descubierto tan extraño hecho.

Y eso hubiera señalado su inapelable final.

Helen la hubiera decapitado de un solo golpe, sin vacilar. Mildred no podía ni soñar lo cerca que estuvo de la más horrible muerte

imaginable.

Helen se levantó en silencio. Se movía con suma facilidad y sigilo. Los verdes ojos centelleaban, fríos y malignos, con una extraña y profunda crueldad.

Tenía que matar otra vez.

Y cuando Helen tenía que matar, ya no era una mujer inválida ni incapaz.

Capítulo VII
HELEN OTRA VEZ

Larry Miller abandonó el lupanar donde había pasado la noche, rezongando entre dientes con mal humor.

Nunca le habían gastado aquellas fulanas de Blue Street. Eran exigentes y torpes. Además, sabía que les caía antipático y no se esforzaban por complacerle. Rutinarias y frías, le dejaban casi insensible. Y, lo que era peor, no toleraban sus excesos, su placer por ciertos refinamientos sádicos que a otras mujeres, como a la elegante y delicada Jessica Stockwell acostumbran a volverla loca.

—Peste de furcias... —gruñó, pisando la nevada calle con un traspié, no sabía si resultado de su mal humor o de haber tomado algunas copas de más antes de elegir a una de las pintarrajeadas rameras que pululaban por aquella zona del pueblo—. Ninguna valéis un centavo. Pero en este cochino pueblo hay que conformarse con lo poco que hay... Creo que me iré un par de semanas a Concord o a Manchester para pasarlo algo mejor...

Tenía allí cerca su flamante automóvil, un *roadster* color azul que era la envidia de los convecinos de Gossville. Subió a él mascullando imprecaciones entre dientes y lamentándose de que su complaciente Jessica hubiera muerto a manos de aquel bastardo del hacha que tenía aterrorizado a todo el lugar.

Puso el vehículo en marcha con alguna dificultad a causa del frío reinante, que había hecho su efecto en el motor. Pero finalmente rodó por la nieve, sin demasiada velocidad, porque ni se fiaba del terreno resbaladizo ni de sus propios reflejos para conducir esta noche.

Se alejó de Blue Street y de sus tugurios de prostitución, rumbo a las afueras, donde tenía su granja, a menos de media milla de los suburbios del norte de la ciudad. El aire frío le calmó un tanto, empezando incluso a canturrear entre dientes una tonada que no afinaba demasiado bien.

Cuando las escasas luces del suburbio de mala nota quedaron atrás, rodó con la sola claridad de sus faros, alumbrando la ruta cubierta de nieve y hielo. Larry Miller parecía un gigantesco oso, embutido en aquel abrigo de pieles de cuello subido, enarbolando el volante con sus enormes manazas velludas y sus dedos de gorila. El rostro brutal y áspero, tampoco tenía nada que envidiar a los simios de la jungla. El sombrero de paja que llevaba sobre el hirsuto pelo oscuro, le sentaba como le hubiera podido encajar a un mulo, o quizás peor.

El coche rodaba sin prisas, trepidando su motor ruidosamente en la noche. Tan ruidosamente, que el leve rumor en el asiento trasero del

roadster apenas si podía ser audible para el conductor.

Una figura se alzó a espaldas de Larry Miller, oculta hasta entonces en el asiento trasero del automóvil, donde permaneciera agazapada sin hacer el más leve ruido.

Era una sombra oscura, amenazadora, que se cernió de repente sobre el conductor del automóvil. Un destello metálico brilló por encima de la tosca cabeza simiesca del conductor. Fue apenas un momento.

Larry Miller captó algo. Vio o intuyó la presencia de esa sombra. Giró la cabeza a tiempo de ver al intruso en su vehículo. Y de reconocerlo también.

Lanzó un ronco grito de asombro y terror. Se le erizaron los cabellos al comprender lo que iba a sucederle. Pero ni siquiera un hombre con su vigor y fuerza física pudo evitarlo. Era demasiado tarde para eso.

Sintió el impacto helado y afilado del borde de aquel hacha, golpeando su garganta brutalmente. Casi sintió cómo su nuez se partía en dos, como si fuese de vidrio, en medio de un espantoso y agudo dolor que taladraba su cerebro. De oreja a oreja, se formó un enorme boquete, una abertura tremenda por la que brotó la sangre a torrentes. La cabeza cayó hacia atrás, y quedó colgando del casi seccionado cuello, por un manojo de nervios, unos tendones y algo de piel, como un monigote a medio descabezar.

Fue preciso esta vez un segundo golpe de hacha para saltar la cabeza lejos del tronco. Se golpeó contra el volante, llenándolo de sangre, rebotó en el parabrisas y se fue hacia la nieve, por encima del coche, dando guiños y con los cabellos erizados como púas. Perdió el canotier por el camino, pero ninguna falta le hacía ya.

El cuerpo decapitado se dobló en el asiento, mientras el coche rodaba sin conductor, con las manos de un delirante automovilista descabezado, aferradas aún al sangriento volante. El coche viró, sin rumbo, para irse hacia unos árboles.

La mujer asesina saltó del vehículo sin problemas. Su velocidad era muy escasa y cayó a la nieve doblando sus rodillas. Se quedó contemplando la marcha del vehículo hasta que se estrelló contra un árbol y se quedó allí, arrugado, despidiendo humo por el radiador.

Helen Casey fue hasta los árboles y limpió la hoja de acero en la hojarasca seca. Luego, impasible, echó a andar parsimoniosamente de regreso al pueblo, pero bordeando la ruta blanqueada por la nieve, para no ser vista a distancia.

Pasó de largo junto a la cabeza de Larry Miller, que la contemplaba con ojos sanguinolentos, desorbitados, y la boca hinchada e informe, volcada a un lado del camino, horrible y estremecedora.

Helen rió huecamente, mirando con indiferencia aquella cabeza

atroz.

—Adiós, Larry Miller —dijo con voz helada—. Nadie merece vivir para burlarse de un hombre como Mark...

Su figura altiva y solemne, se fundió con las sombras de la noche en las afueras del pueblo. Era madrugada.

Y otra vez el hacha del asesino había golpeado sin fallar.

* * *

Mark Stockwell despertó de su pesado sueño.

Tenía la lengua pastosa, la cabeza le daba vueltas y se sentía fatal. Tardó un tiempo aún en comprender lo que había pasado. Se quejó, con un gemido, llevándose ambas manos a la cabeza.

—Oh, no, Dios mío —se lamentó—. Bebí demasiado. Molly tuvo razón. Nunca debí hacerlo...

Contempló la cama vacía, el hueco en las sábanas junto a él, en aquel dormitorio que primero le había parecido totalmente desconocido y absurdo. Un dormitorio con una coqueta llena de perfumes y cosméticos, con fuerte olor a una colonia pegajosa, que le recordaba una noche confusa de carne femenina, de deseas y de ciega locura provocada por el alcohol y el deseo de olvidar...

Había un papel enganchado con un imperdible a la almohada. Se frotó los ojos, que sin duda estaban hinchados y enrojecidos, a juzgar por lo que le escocían. Arrancó el papel. Estaba escrito con letra tosca y rápida, trazada apresuradamente:

> «Querido Mark: Me voy ahora a la compra, como cada mañana. Eres todo un hombre. ¡Y qué hombre! Me has hecho pasar una noche imborrable, pese a estar bebido. Estoy deseando repetirla, sin alcohol por medio. Verás de lo que es capaz tu
>
> *»Molly.»*

—Cielos, lo que temía... —se lamentó—. Molly... ¿Cómo pudo suceder? Estaba borracho, necesitado de afecto... y ella lo aprovechó. Después de todo, no es culpa suya, sino mía. Espero que Jessica pueda habérmelo perdonado. No sabía lo que hacía, estúpido de mí. Me daría de bofetadas ahora... Pero imagino que es demasiado tarde para eso.

Se incorporó. Se vistió con rapidez. No quería ni asearse allí. Estaba deseando borrar aquel torpe recuerdo de su mente. Tomó un lápiz labial y escribió en el espejo de la coqueta:

> «Lo siento. No era mi intención. No volveré.
>
> *»Mark.»*

Salió de allí de estampida, tras advertir que en la vecindad de la

casa de Molly no había a esas horas otra cosa que unos grupos de niños jugando al béisbol o patinando en la nieve endurecida y sucia. Se alejó de allí sintiendo vergüenza de sí mismo y de aquella estúpida noche en que el deseo había dominado otros sentimientos más dignos.

Llegó a casa cuando era ya pleno día y el servicio estaba levantado. Mildred le vio llegar, mirándole con cierta perplejidad, aunque sin decir nada, mientras limpiaba el polvo del vestíbulo.

Mark optó por afrontar sus responsabilidades sin rodeos. Se detuvo y miró a la joven doncella.

—Creo que esta noche hice un montón de tonterías —dijo roncamente—. Bebí demasiado, Mildred.

—No tiene que explicarme nada, señor —sonrió ella—. Después de todo, dicen que ayuda a olvidar...

—Eso dicen. No lo crea, Mildred. No es verdad —suspiró él—. ¿Todo en orden aquí?

—Todo, señor. Ya he vestido y sentado a la señorita Helen en su silla. La señora Watkins no sabe que usted no durmió anoche aquí. Pensé que era mejor así.

—Buena chica —aprobó Mark, agradecido—. Iré a asearme un poco y dormir unas horas. Llámame a mediodía, por favor. Óigale a quien pregunte por mí que me encuentro algo indispuesto. Después de todo, no será enteramente falso, se lo aseguro.

—Le creo, señor —dijo Mildred risueña—. No tiene muy buen aspecto.

Mark asintió, iniciando el ascenso de las escaleras con un resoplido. Mildred le avisó desde abajo, recordando repentinamente algo:

—Ah, el doctor Lee ha telefoneado, señor. Esta tarde estará aquí el doctor Wyler, de Concord. Es el médico psiquiatra que debe examinar a la señorita Helen...

—Entiendo. Estaré bien para entonces. Eso espero... —suspiró, siguiendo escaleras arriba.

De nuevo repiqueteó el timbre del teléfono. Mildred descolgó el aparato adosado al muro. Escuchó, tras decir que era la casa de los Stockwell. Luego lanzó una exclamación de sobresalto que hizo parar en seco a Mark a mitad de la escalera. Colgó, tras asegurar que diría a su señor lo que le habían notificado.

—¿Decirme qué, Mildred? —quiso saber Mark.

Ella respiró con fuerza. Cuando le miró, había miedo en su rostro.

—Era el *sheriff* Carter, señor —informó—. Ha habido otro crimen: Larry Miller, el granjero. Y el *sheriff* tiene algo muy grave y delicado que explicarle con urgencia...

Mark arrugó el ceño. Resignado, meneó la cabeza y siguió

subiendo.

—Está bien. Le recibiré en seguida. Creo que me tendré que conformar con un baño y nada más... Dios mío, esta vez Miller... Un nuevo crimen de ese maldito loco...

Capitulo VIII
MOLLY

El *sheriff* Carter pareció por unos momentos confuso y con dificultades para exponer lo que le había llevado hasta allí. Carraspeó, dando unas vueltas por la amplia habitación, donde solamente se hallaban él y Mark Stockwell, en presencia de la siempre ausente y silenciosa Helen, inmovilizada en su silla de ruedas, contemplando la calle, nevada y el paso de los transeúntes, a través de una de las ventanas de la casa.

—Acabemos de una vez, *sheriff* —le apremió Mark—. ¿Qué ha venido a decirme?

—No es cosa fácil, la verdad, Stockwell... —vaciló el hombre de la ley.

—Pero supongo que no habrá venido a visitarme para decir sólo eso y marcharse.

—No, claro que no. En Fin, allá va... Se refiere al asesinato de Miller.

—Lo supongo. Mildred, la nueva doncella, me dijo que era algo grave y delicado...

—Mucho, —los ojos de Carter se ensombrecieron y bajó la cabeza, confuso—. En realidad tiene también relación muy directa con el asesinato de... de su esposa, Jessica Stockwell.

—Bien. Adelante con lo que sea, *sheriff.*

—Oh, diablo, ¿por qué tendré yo que afrontar esta situación? —se enfureció Carter, pegando un patadón en el suelo—. Me resulta muy embarazoso tenerle que decir ciertas cosas, Stockwell, sobre su difunta esposa...

—¿Sobre Jessica? —Mark arrugó el ceño—. No le entiendo...

Carter, por fin, pareció salir de su atolladero. Tras una mirada a la inmóvil Helen, que era como un mueble más en la estancia, ajena por completo a cuanto la rodeaba, el *sheriff* se decidió a hablar, aunque lo hiciera atropelladamente, y enrojeciendo hasta la raíz del cabello.

—Verá... Hemos registrado la vivienda de Larry Miller y hemos encontrado en ella cosas reveladoras que no hubiera querido ver nunca. Ese hombre, sucio y grosero, Stockwell... bueno, ese hombre tenía relaciones con su esposa.

Mark le miró boquiabierto, como si no entendiera bien esas palabras. Tras un silencio, logró articular lentamente algunas palabras:

—¿Quiere decir que Jessica... Jessica y Miller... eran amantes?

—Así es —refunfuñó Carter de mala gana—. Algo incomprensible, lo sé, maldita sea. He tenido que comprobarlo una y mil veces para

estar seguro y venir a decírselo. Sus relaciones intimas duraban ya algún tiempo. Un par de testigos me confirmaron que ella había estado en la granja algunas noches que usted no estaba en Gossville... Bueno, todo es un sórdido asunto que no hubiera sacado a colación si no...

—Si no, ¿qué? —preguntó fríamente Mark, con el semblante pálido, clavando sus ojos en su interlocutor.

—Si no fuese porque han empezado a correr rumores por el pueblo, acusaciones absurdas e infundadas, pero que tengo la obligación de comprobar, naturalmente.

—De nuevo temo no entenderlo bien, *sheriff.* Entiendo bien lo de mi mujer, aunque me deja usted perplejo, e imagino que no habrá dudas sobre ello para que usted venga a contármelo...

—Ninguna duda, Stockwell. Su mujer cometió imprudencias tremendas: notas de su puño y letra, incluso firmadas, que Miller guardaba entre sus cosas, prendas bordadas con su nombre, sumamente intimas... —volvió a carraspear, confuso—. Lo siento, de veras. No tiene sentido, pero estaba ocurriendo sin usted saberlo.

—Ya veo. Ahora hablemos de la otra cuestión. ¿Qué es lo que ha venido a aclarar aquí? ¿Qué es lo que se rumorea en el pueblo?

—Que usted... que usted podría ser el Decapitador, Stocwell.

Lo soltó así. Bruscamente, casi con brutalidad. Como queriéndose quitar de encima otra cuestión embarazosa y molesta. Mark se puso rígido. En su silla, de espaldas a ellos, Helen también se estiró en su silla. Los ojos verdes relucieron extrañamente.

—Yo, el Decapitador... —repitió Mark, lento y aturdido—. Cielos, qué estupidez. ¿Cómo se les ha ocurrido semejante cosa?

—Ya sabe cómo es la gente... Al morir su esposa, luego Miller... y correr rumores sobre sus relaciones... hay quien ha pensado en..., en una atroz venganza...

—Están locos. Usted no creerá eso, ¿verdad?

—Claro que no —se apresuró a rechazar el *sheriff—,* Pero tengo que cumplir con mi obligación, Stockwell. Demostrar a la gente que, porque usted sea un ciudadano importante aquí, y un prestigioso abogado en el estado de New Hampshire, no por eso deja de ser tan posible sospechoso como cualquier otro. He venido... he venido a ver si tiene alguna coartada precisa para la noche en que mataron a su esposa...

—Creo que si, *sheriff* —manifestó Mark con sequedad—. Hay varias personas de Manchester que pueden confirmarle que estaba allí esa noche, a una hora en que me hubiera sido imposible estar de regreso en Gossville antes de la mañana...

—Lo celebro. Déme esos nombres y lo comprobaré —respiró con alivio Carter—. En cuanto a..., a esta última noche, Stockwell...

¿puede también probar dónde estuvo a la hora en que era asesinado Miller, entre dos y tres de la madrugada?

Mark vaciló. Luego asintió lentamente, con gesto alterado.

—Pues... sí, puedo probarlo. Pero no sé si lo querré hacer.

—¿Por qué? —Carter enarcó las cejas—. Tiene que hacerlo Stockwell. La gente no se creería que cumplo con mi tarea, si acepto su palabra simplemente, en un caso de asesinato...

—Hay una mujer por medio, *sheriff* —declaró gravemente Mark—. No es correcto dar su nombre.

—Entiendo. De todos modos, tendrá que hacerlo. O seguir siendo sospechoso, al menos de la muerte de Larry Miller... Le juro que mantendré callado su nombre y evitaré toda publicidad que perjudique a esa dama...

—No puedo —rechazó Mark—. No tendrá ese nombre, Carter.

—¿Aun corriendo el riesgo de ser acusado de homicidio?

—Aun así.

—¿Tanto la ama?

Mark sonrió, encogiéndose de hombros. En su silla de ruedas, Helen estaba tensa, los ojos más vigilantes que nunca, contemplando a ambos hombres en el reflejo del cristal de la ventana. Sobre todo, a Mark...

—No, en absoluto —replicó—. Fue una simple aventura. Pero una mujer, sea quien sea, no debe verse utilizada por un hombre en una cuestión así.

—Es usted todo un caballero, Stockwell, pero eso le perjudicará gravemente. Piense que...

—*Sheriff,* llaman por teléfono —habló desde el corredor, discretamente, Mildred, que acababa de subir a la planta alta—. Es urgente y personal.

—Ya voy. Un momento, Mark —se disculpó.

Bajó a la planta y habló desde el vestíbulo con alguien. Mark contemplaba- en silencio la silueta de Helen, recortándose contra el paisaje urbano nevado. No se dio cuenta de los ojos que se clavaban en él a través del vidrio...

Momentos después, Carter estaba de regreso. Entró en la estancia con fuertes pasos bruscos, puso una manaza en el hombro de Mark, y sonrió ampliamente.

—Vamos, vamos, no tenía que ser tan caballeroso con una chica así —le espetó—. Era la propia Molly quien llamaba. Ha oído comentarios sobre usted, tras la muerte de Miller, y estaba tratando de localizarme para decirme dónde estuvo usted anoche y con quién... La chica no se anda con rodeos en esas cosas. Pero no creo que nadie tenga que saber por mi que usted pasó la noche con ella. Molly se basta para esas cosas por si sola —soltó una suave carcajada y

meneó la cabeza—. Está borrado de toda lista de sospechosos definitivamente, Stockwell. Lamento haberlo molestado con estas tonterías, pero así es mi trabajo, A veces lo detesto. Especialmente, siento que haya sabido lo de... lo de su propia esposa...

—No se excuse. Lo hubiese llegado a saber, de todos modos — sonrió amargamente Mark—. Después de todo, ya ve que nadie es un santo...

—Lo suyo es diferente. Está solo, aturdido, dolorido... Lo de ella no tiene excusa, Stockwell. Pero así somos los humanos, después de todo. Buenos días.

Abandonó la escancia con larga zancada. Mark se quedó taciturno, ensombrecido. Miró a Helen, y habló, pensando que ella no podía oír nada de cuanto decía.

—Ya ves, Helen... Una esposa que parecía dulce y honesta... con un hombre como Larry Miller. Asi es la mente humana. Una sima oscura y difícil, que nunca entenderemos bien. Y yo pude haber sido feliz contigo, sin embargo. De haber comprendido entonces, cuando éramos los mejores amigos del mundo, que tú valías más que Jessica en todos los sentidos... Hubiera sido tan diferente la vida para ti y para mí... Pero ya es tarde para hablar de eso. Supongo que durante gran parte de mi vida, trataré de olvidar a Jessica con mujerzuelas como Molly y otras parecidas, sin amar realmente a ninguna...

Se encaminó a la salida, mientras en los verdes ojos inmóviles de la paralítica, brillaba una sutil humedad que él no llegó a captar. Pero en aquel reflejo de intensa emoción interior había algo más que ternura. Algo menos concreto y mucho más cruel e inhumano: el deseo de matar de nuevo...

* * *

—He hecho todas las pruebas precisas —decía aquella tarde el doctor Terence Wyler, psiquiatra de Concord, al doctor Lee y a Mark Stockwell—. Puedo afirmarles, sin la menor duda, que esa mujer padece un trauma muy fuerte que alteró toda su mente hasta el extremo de sumirla en ese estado actual. No desea ser la que era, porque rechaza salir de su mutismo y de su inmovilidad con todas las fuerzas de su voluntad.

—¿Existe posibilidad de curación? —preguntó Mark.

—Muy difícil. Al ser un mal psíquico, sólo ella misma podría vencerlo por su propio impulso subconsciente. Otro *shock* o una impresión fuerte quizás diera resultado, pero eso nunca es seguro. La

mente humana sigue siendo un enigma para todos. Sólo nos queda esperar, confiar en que un día se rasgue ese velo que ella misma se ha impuesto, y su trauma desaparezca. Hasta entonces, toda terapéutica es inútil.

—Coincidimos en todo, doctor Wyler —suspiró el médico local tristemente—. La psicosis de Helen Casey solamente tiene una curación: su voluntad. Mientras ésta siga atenazada por el miedo a la propia vida y a ser quien antes fue, no habrá nada a hacer.

—Sé que otro colega debe examinarla aún —dijo Wyler, poniéndose en pie—. Espero que él pueda decirles algo más optimista que yo, pero lo dudo mucho.

—Gracias por todo, doctor —dijo Mark, tendiéndole la mano—. Empiezo a pensar que ya nada ni nadie volverá a Helen a la normalidad...

—Eso nunca se sabe. Una dolencia así es un misterio. La clave está en su cerebro. Y un cerebro humano, a veces, es capaz de todo. Incluso de lo más extraño y desconcertante...

Allí terminaba la primera consulta psiquiátrica para tratar de devolver a Helen la vida, la palabra, la comprensión, el movimiento. Como dijera el psiquiatra de Concord, el cerebro humano era capaz de lo más extraño, de lo más desconcertante...

De haber sabido la verdad terrorífica y siniestra que se ocultaba tras aquel bello rostro femenino, de músculos rígidos y ojos vigilantes, todos ellos hubiesen sentido el escalofrío del horror más profundo, y la seguridad de que no sabían nada absolutamente del ser humano y de sus laberintos mentales.

Pero la verdad, sólo Helen la sabía.

Sólo su cerebro conocía lo que había tras aquella máscara patética y dolorosa.

* * *

—Buenas noches, Molly —se despidió Gus, el cocinero, recogiendo su abrigo y su sombrero del perchero de la cocina—. ¿Espero a que cierre?

—No, Gus. Ya es tarde —suspiró ella, mirando el reloj de la sala a media luz, con las sillas y mesas recogidas—. Yo lo haré en un momento. Me basto y me sobro.

—Hasta mañana, entonces —dijo Gus, tras dirigirle una mirada afectuosa.

—Adiós, Gus.

Y se sumió en su tarea de terminar de recoger los desperdicios del día, metiéndolos en cubos de basura que tenía que depositar en el callejón antes de marcharse de su establecimiento.

No nevaba, pero hacía un frío glacial aquella noche. La ciudad aparecía más desierta y triste que nunca, pese a la proximidad del Arto Nuevo. El terror desatado por las constantes muertes violentas del Decapitador habían encerrado a
las gentes en sus casas desde primeras horas de la noche.

Molly, animosa, cerró el local y apagó las últimas luces, dejando sólo la de la cocina. Cargó con ambos cubos de basura, sin esfuerzo aparente, y se encaminó al callejón posterior, abriendo la puerta de la cocina. Los depositó junto al muro de ladrillo y regresó al interior para quitarse el uniforme y la cofia, y ponerse sus ropas de calle, dirigiéndose a casa, como cada noche.

Desabrochó el uniforme, que colgó del perchero. Con la falda y el sujetador como únicas prendas sobre sus abundantes y recias carnes, cruzó la cocina para ponerse la blusa y la chaqueta. Sus grandes senos se agitaban rítmicamente al taconear, en dirección al lavabo. Se puso la blusa. Comenzó a abotonarla. Entonces oyó el chirriar de la puerta de atrás.

Se asomó. Vio oscilar la hoja de madera levemente. Arrugó el ceño, caminando hacia la misma. Sin temor alguno, sacó la cabeza al callejón. Hacia aire. Un aire frío y cortante que, sin duda, movía la hoja de la puerta. Nada de particular.

Regresó al interior, mientras abrochaba el resto de la prenda. La luz de la cocina, colgada del techo, era cruda y blanca. Recortaba su sombra, moviéndose por el recinto lleno de platos y de baterías de aluminio.

Súbitamente, otra sombra se materializó a su espalda, surgiendo de detrás de uno de los altos muebles de la cocina, y precipitándose sobre ella. Molly, asombrada, la descubrió en el muro, frente a ella. Se volvió, rápida, esgrimiendo un cuchillo de larga hoja triangular.

Se quedó lívida, estupefacta, sin poder creer lo que veían sus ojos. La figura erguida ante ella, empuñaba una pequeña hacha de cortar carne en su enguantada mano. Unos verdes ojos vidriosos y malignos se clavaban en ella desde una faz bella y pálida, singularmente crispada por el odio y la crueldad.

—*¡Helen!* —chilló, deteniendo su mano armada del cuchillo—. ¡Tú! ¡No es posible!

Helen sonrió extraña, malignamente. Alzó su hacha sin pronunciar palabra. Molly comprendió entonces muchas cosas. Pero demasiado tarde para evitar la muerte.

El hacha descendió hacia su cabeza, buscando el cuello de la dueña del bar para segárselo brutalmente. Molly, sin embargo, no era

como las restantes víctimas de la terrible asesina. Era fuerte, vigorosa y llena de energías.

Reaccionó a su modo. Adelantó el brazo instintivamente. El cuchillo penetró en carne humana. Helen se encogió al sentir la hoja de acero atravesar sus ropas y clavarse, helada, en su carne. Aun así, pudo descargar el golpe, aunque Molly se había movido desesperadamente para evitarlo.

No alcanzó su garganta. Pero sí su cráneo. El hacha golpeó en medio de la frente de Molly. Esta lanzó un terrible alarido al sentir que la recia hoja afilada hendía su carne y hueso, incrustándose hasta media hoja en su frontal. Por los bordes de la hoja de acero escapó sangre y fragmentos de masa encefálica. Helen quiso arrancar el hacha de allí y no pudo. La hoja se incrustaba fuertemente, entre el nacimiento del cabello y la boca de Molly, partiendo en dos su entrecejo, su nariz y su labio superior. La sangre corría espantosamente, por el desfigurado rostro de la víctima que, con ojos desorbitados, de desplomó de bruces, a los pies de su víctima.

El cuchillo de cocina quedó clavado en el costado de Helen Casey. Esta se lo arrancó violentamente, de un tirón. La sangre, barbotó en la herida, y la contuvo con un paño de cocina que tomó de una mesa, apretándolo fuertemente contra el boquete de sus ropas que se cubría de sangre.

—Maldita... —jadeó, mirando con profundo odio el cuerpo rollizo de Molly, agitándose en los espasmos de la agonía, mientras la sangre corría ya por las baldosas de la cocina en un rojo reguero brillante y espeso—. No sólo querías quitarme a Mark... sino que me has herido..., perra ramera...

Abandonó la cocina, tambaleándose ligeramente, y salió al callejón trasero. Golpeó un cubo de basura, derribándolo. Gotas de sangre chocaron sordamente en el pavimento. Se dio cuenta y apretó más el paño contra la herida, apresurándose a alejarse por el nevado paisaje todo lo deprisa que le era posible.

Capitulo IX
MILDRED OTRA VEZ

Era madrugada. Helen se apoyó, lívida, en la puerta de la casa. Miró a un lado y otro de la calle. Todo desierto, silencioso. Nadie en la puerta de servicio de la vivienda de los Stockwell, en la calle lateral, angosta y cubierta de nieve. Miró al sucio. Ni gota de sangre de su herida. No había dejado rastro hasta allí, que era lo importante. Pero notaba empapado el paño de cocina y sus ropas también.

Empujó la puerta, que dejaba sin cerrar. Luego pasó el pestillo. Echó a andar hacia el corredor en sombras, precavida. Era tarde. Todo el mundo dormiría allí. Alcanzó la escalera. La subió deprisa, sigilosamente, aferrándose con una mano a la barandilla, la otra apretada contra su herida.

Así llegó arriba. Avanzó tambaleante hacia su dormitorio. Pero antes, tenía que pasar por delante del de Mark. Y la puerta estaba *abierta,* la luz encendida...

Su corazón dio un vuelco. Si había gente levantada, tal vez habían advertido su ausencia del dormitorio. Eso sería el fin. Respiró hondo. Pegada al muro, asomó cauta a la habitación de Mark.

Lo que vio la dejó helada. Sus ojos destellaron, feroces.

Mildred estaba inclinada sobre la cama de Mark. Este yacía vestido, con una botella vacía en una mano y otra en el suelo, junto al lecho. Botellas de whisky ambas. Mark estaba despeinado y pálido. Profundamente inconsciente además.

Borracho, pensó. Mark se había emborrachado esa noche. Tal ver para olvidar cosas ingratas. Mildred, la nueva doncella, le atendía. Solícitamente, pensó Helen.

Estaba mirando a Mark con fijeza mientras le cubría con una sábana, tras quitarle el calzado. Había afecto y ternura en aquella mirada de la muchacha. Luego se inclinó más sobre el ebrio Mark. Y le besó.

Besó sus labios y su mejilla suave, dulcemente. Helen sintió la convulsión de los celos y el rencor. Miró con odio profundo a la joven doncella.

Esta, bien ajena a todo, se incorporaba ya. Fue a la ventana y corrió las cortinas. Rápida, Helen pasó por delante de la puerta y entró en su habitación, cerrando suavemente tras de sí. Ignoraba si Mildred habría visitado su dormitorio. Debía de admitir momentáneamente que no. Y actuar como si fuese así.

Se acostó rápida. Tiró el paño mojado de sangre bajo la cama. Se puso una toalla taponando la herida, que aún sangraba en abundancia. Se sentía muy débil. Cubrió su cuerpo con las ropas

totalmente. Fingió dormir.

Momentos más tarde, la puerta se entreabría lentamente. Con los ojos entornados, captó a Mildred, mirando al interior. Luego la puerta se cerró despacio de nuevo. Oyó los pasos de Mildred alejándose. Respiró hondo, y le dolió la herida.

Había salvado la crisis. La doncella miró a su alcoba después de atender a Mark en su borrachera. Eso la había salvado.

—Tengo que matarte —jadeó—. Tengo que matarte... y pronto, Mildred. Esta misma noche... Con un cuchillo. Fingiré que también me atacaron a mí... Ellos lo creerán, porque saben que no puedo moverme. Sí, esta misma noche, Mildred. Ese beso tuyo a Mark te costará la vida, zorra...

Y sonrió malignamente, empezando a disponer todo en su mente para unos minutos más tarde.

* * *

El *sheriff* Carter dio un respingo al leer el telegrama que acababa de entregarle con carácter urgente el empleado de la Western Union. Se puso en pie de un salto y tomó chaquetón de piel y sombrero, encaminándose a la salida de su oficina, donde se había quedado a trabajar hasta bien avanzada la madrugada.

—Esto no lo esperaba —confesóse a sí mismo entre dientes, avanzando resuelto por la nevada calle solitaria, que reflejaba crudamente las luces del alumbrado—. Y cambia totalmente las cosas...

En su marcha por el desierto pueblo en silencio, tenía que pasar frente al bar de Molly. Lo cierto es que, de haber alguno abierto en el pueblo a estas horas, hubiera tomado con gusto un café caliente, antes de hacer lo que tenía que hacer. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Se detuvo, sorprendido, al ver luz dentro del cerrado bar, a través de los ventanales del mismo. Se aproximó. Era luz de la cocina. Eso quería decir que Gus o Molly, o quizá ambos, estaban aún allí. Quizás incluso le dieran ese anhelado café.

Golpeó en vano las vidrieras. Nadie asomó por la cocina. Pensó, disgustado, si se hallaría vacio el local, y la luz encendida era sólo un descuido. Decidió comprobarlo. Rodeó la manzana y entró por el callejón.

Avanzó hacia la puerta trasera. Se paró, sorprendido, frunciendo el ceño. Un cubo de basura derribado había volcado los desperdicios ante la puerta trasera del local. Varios gatos se afanaban en el festín. Pasó junto a ellos y contempló entre los desperdicios las manchas oscuras sobre la nieve y el umbral de la cocina. Se inclinó. Tocó una de esas manchas en el umbral. Se examinó los dedos.

—¡Sangre seca! —jadeó, alarmado.

Miró la puerta de atrás. La tocó. Cedía sin dificultades. Extrajo su revólver con decisión y lo amartilló, empujando la puerta con cautela. Asomó. La luz invadía la cocina totalmente. Y con ello, toda la sangre dispersa por todas partes, en espantoso espectáculo. Lanzó una imprecación de rabia y penetró en la estancia, decidido.

Molly yacía allí sin vida, sobre un charco espantoso, de color rojo oscuro. Era visible el hacha, clavada en su cráneo hasta media hoja. Y el cuchillo ensangrentado, junto a sus manos crispadas.

No tocó nada. Recorrió el local, comprobando que el asesino ya no estaba allí. Volvió al callejón. Las manchas de sangre cobraban sentido. El cubo volcado, también.

Esta vez, el asesino iba herido. Molly había sido lo bastante fuerte para defenderse con eficacia del Decapitador. El hachazo de éste fue mortal pero diferente, a causa de su resistencia. Alguien en estos momentos, en Gossville, sufría una herida bastante profunda, a juzgar por el nivel de sangre visto en la hoja del cuchillo de cocina. Y ese alguien era el asesino.

Regresó precipitadamente a la cocina y telefoneó a sus ayudantes a sus respectivos domicilios, así como al doctor Lee. Iba a comenzar una cacería inmediata para encontrar al asesino herido, antes de que éste tuviera tiempo de curar su lesión.

* * *

Helen abrió los ojos.

Fue como un resorte que ponía en movimiento una muñeca inmóvil, en determinado momento. Los ojos brillaron en la penumbra. Las manos se crisparon bajo las ropas del lecho.

El dolor de la herida empezaba a ser insufrible. Pero su mente se sobrepuso a ese daño físico. Se irguió lentamente. Apartó las ropas. Tenía empapada la toalla. Y también sus ropas oscuras. Las sábanas no se habían enrojecido aún.

Se puso en pie. Osciló levemente. Estaba lívida, crispada. Había perdido mucha sangre. Y la herida tiraba violentamente, palpitando febril. Se encaminó a la puerta. Salió de la habitación.

Pasó ante el dormitorio de Mark. Entreabrió la puerta y le espió. Dormía profundamente, bajo los efectos del alcohol. Le sonrió dulcemente. Siguió adelante.

Bajó las escaleras. Con dificultad, pero las bajó. Abrió un trinchante del comedor. Extrajo un largo, afilado cuchillo de trinchar carne. Con él en la mano, avanzó hacia el ala de servicio.

El rostro de Helen ya no mostraba belleza alguna en esos momentos. Era una cadavérica máscara de odio, de maldad y de sed de sangre. La cara de una demente asesina. De una enferma obsesa y terrible, capaz de todo por lo único que la aferraba aún a la vida: el amor de un hombre.

Pasó al ala de servicio, oscura y silenciosa. No sabía dónde dormía Mildred pero conocía la casa de los Stockwell de cuando visitaba con frecuencia a Mark, siendo amigos y compañeros de estudios. Tendría que calcular el sitio exacto.

Decidió que el mejor alojamiento seria para la señora Watkins, la más veterana servidora de la casa. Por tanto, tenía que ser la otra habitación, la del fondo, junto a las cocinas, la que ocupaba ahora la nueva doncella, Mildred.

Apretó con más fuerza el cuchillo entre sus dedos crispados. La herida estaba sangrando de nuevo. Notó que la sangre empapaba sus ropas y se deslizaba, caliente, por su piel. Quizás gotease. No importaba. Limpiarla eso tras matar a Mildred. Y volvería al lecho, empapada en sangre, para ser atendida, cuando descubriesen el cadáver de la doncella. Para todos, ella sería la segunda víctima del Decapitador en aquella casa y en esta noche. ¿Qué otra cosa podían pensar de una mujer a quien incluso los especialistas habían calificado virtualmente de caso irreversible?

Sonrió en la oscuridad. Alcanzó la puerta de la habitación de Mildred. Paso a paso se acercó a la misma. Probó el pomo. Estaba cerrada sin pestillo. Cedió suave, lentamente. Sin un ruido siquiera. Asomó.

Mildred dormía con luz. Una pequeña lámpara en la mesilla. Respiraba profundamente, boca arriba. La miró con odio.

Era bonita. Muy bonita. Y joven. Muy joven. Al lado de Mark, durante tiempo y tiempo, era fácil que un día él descubriese que tenía una doncella atractiva, singularmente delicada y de buenos modales, y terminara enamorándose de ella o haciéndola su esposa incluso. Esa sola idea llenó de odio terrible la mente de Helen.

Avanzó hacia el lecho, paso a paso. Levantó el cuchillo en alto, dispuesta a hacerlo descender sobre la victima indefensa, que se mostraba profundamente dormida.

Luego, rápida, con un destello siniestro en sus verdes ojos, vidriosos por el odio y el rencor, descendió esa mano armada, en dirección a Mildred...

Una férrea mano, en ese momento, se cerró sobre su muñeca. Helen gritó, con un desgarrador alarido de rabia, de exasperación frenética.

—Quieta, Helen —oyó junto a su oído la voz amada—. Quieta, te lo ruego, o tendré que romper este brazo que yo creía tan delicado... Tu

horrible juego se acabó...

—¡Mark! —sollozó ella, sin entender nada, agitándose convulsa, retorciéndose en vano para escapar de la férrea presión de los dedos nervudos de Mark Stockwell, sereno y tranquilo junto a ella, sin el menor rastro de embriaguez en su rostro—. No, tú no... No es posible que tú...

—Lo siento, Helen. Siento haber llegado tan tarde —susurró Mark, mientras Mildred, abiertos los ojos, sin asomo alguno de sueño, se ponía en pie en el lecho, mostrándose vestida bajo las sábanas. Los ojos inteligentes y vivaces de la muchacha se fijaban, con una mezcla de dolor y de lástima, aunque también de horror, en el rostro convulso de la asesina. Mark prosiguió, con voz ronca—: No pude evitar aquellos crímenes, pero sí este de esta noche... ¿Cómo pudiste, Helen? ¿Cómo una mujer como tú... pudo llegar a convertirse en un monstruo tan abominable?

—Mark... Mark, te amo... —sollozó ella, llenándose de lágrimas sus ojos. El cuchillo escapó de sus dedos y rodó por el suelo—. Mark, todo lo hice por ti...

—Estás loca —murmuró él, aterrado.

—Por ti, si. Ni Molly te merecía, ni esta criada vulgar... Y menos aún Jessica, que te traicionaba con un cerdo... Y ese cerdo no merecía vivir, tan sólo por haberte causado tanto daño...

—Y Baxter, ¿por qué? ¿Por qué matar a aquel hombre, aquella noche, en la calle, cuando todo esto empezó, Helen?

—El... él me atacó... Iba a matarme... y me defendí. Le maté yo a él...

—No era tan difícil como crees —sonrió amargamente Mark—, Brian Carter, el forastero, no era ningún asesino...

—¡Lo era! ¡Me atacó con su hacha! —clamó Helen, sollozando.

—Eso pensaste tú. Es lo que hacía siempre. En Ottawa o en Estados Unidos... El *sheriff* Carter tiene sus antecedentes completos ahora. Era un pobre loco, pero jamás mató a nadie. Aterrorizaba a las mujeres solitarias con un hacha... para luego cortarles de un tajo la cabellera, sin dañarlas. Coleccionaba pelo de mujeres asustadas. La obsesión sexual de un pobre loco, de un psicópata. Carter recibió un telegrama urgente de Ottawa. Hallaron una casa donde él vivió allí. Con docenas de mechones de cabelleras femeninas de todo color y apariencia, cortadas de un hachazo. Por eso le mataste, Helen. Porque no era un asesino. Sólo quiso asustarte y quitarte parte de tu cabello esa noche... Tú, en cambio, le decapitaste sin piedad, a pesar de que quizás él te imploró clemencia...

—Si... —susurró lentamente Helen—. Me pidió varias veces piedad, sollozó aterrado... Y sentí un raro placer en decapitarle...

—Y luego fingiste la parálisis total...

—No. No fingía. Era real. Pero mi mente lograba sobreponerse a ella cuando sentía deseos de matar otra vez... Yo no tuve la culpa, Mark. Ellos eran malos... y una vez maté por defender mi vida...

—Lo siento. Helen —suspiró Mark. Se volvió a la puerta de la alcoba—. Es suya, Carter...

El *sheriff* asomó, revólver en mano, seguido de un ayudante suyo. Esposaron a Helen. Carter observó la herida de la asesina, que parecía de repente volver a su inmovilidad hermética, a su silencio y vacío mental.

—Está muy mal —murmuró—. Casi desangrada. Avisad a la ambulancia, pronto...

—Hice bien en mirar en la habitación de la señorita Casey antes de atender al señor Stockwell en su dormitorio —dijo lentamente Mildred, contemplando con horror a la detenida—. Al ver que no estaba, se lo dije al señor... El estaba algo bebido, y se había caído, pero me entendió muy bien, comprobó lo que yo decía... Decidimos entonces averiguar qué sucedía. Fingió una borrachera de verdad, con botellas vacías y todo. La oímos regresar. Fingimos no advertirlo. Entonces, le avisamos a usted *sheriff,* pero no estaba en la oficina ni en su casa.

—No. Había ido a hablar al doctor Lee sobre el caso de Baxter, coleccionista de cabello humano. Eso nos dejaba la posibilidad de que otro fuese el Decapitador auténtico de entonces, el que mató a la primera víctima, Gladys. Y también nos preguntábamos quién mató a Baxter esa noche.

—Entonces yo comuniqué con su ayudante, y él prometió avisarle. Cuando usted llegó y dijo que habían matado a Molly, ya no hubo dudas —sentenció Mildred.

—Claro, muchacha. Sólo Helen estaba presente cuando el señor Stockwell y yo hablamos de Molly. Si todo esto era una venganza, sólo Helen podía consumarla. Pero el caso de su parálisis la descartaba... hasta que usted informó de que ella no estaba en su dormitorio y regresaba por su propio pie más tarde. Por eso le pedí que fingiera dormir y que el señor Stockwell y yo vigilaríamos de cerca.

—Cuando Mildred me contó que Helen no estaba, até cabos —dijo Mark en ese momento, viendo cómo sacaban a la distante e insensible Helen de la habitación, entre los dos ayudantes de Carter —. Pensé si sería yo la causa... y pedí a Mildred que me besara para fingir un amor que provocase los celos en Helen. Por desgracia, así fue. La trampa funcionó a la perfección. Dios mío, pobre Mildred...

—Diga mejor que pobres de todas sus víctimas —sentenció Carter sombríamente—. Se había convertido en una máquina asesina, en un monstruo insensible, que sólo actuaba normalmente en su forma física cuando un impulso interior la ordenaba matar. El doctor Lee me

ha confirmado que es posible, que todo es posible en la mente humana, incluso lo más retorcido...

—Pero queda una incógnita en pie, *sheriff* —le recordó Mark, ceñudo.

—¿Cuál?

—Tenemos a Helen, que mató a Baxter, a Enid, a Jessica, a Miller, a Molly... Pero ¿quién mató a Gladys, la criada, la primera víctima del Decapitador? Ese crimen nunca se resolvió, aunque se le ha achacado al mismo autor de todos los demás, cosa que sabemos ahora que no es cierta...

—Tengo respuesta para eso también, Stockwell —sonrió Carter, pensativo.

—¿De veras?

—Sí. La tuve esta noche, cuando mataron a Molly y hallé su cadáver. El primer lugar adonde me dirigí fue a casa de su empleado más antiguo, el cocinero Gus. Iba a informarle de lo sucedido y hacerle unas preguntas... Gus no estaba en casa. Pero había dejado la puerta abierta. Entré a esperarle... y encontré cosas increíbles: fotografías de Gladys, dibujos de Gladys desnuda, decapitada, en posturas procaces... Es un obseso. Busqué más... y hallé un hacha manchada de sangre seca, envuelta en un chal con la inicial G. bordada. Una prenda de Gladys, la criada...

—Dios mío... ¿Gus, el cocinero de Molly?

—Si. Un sádico asesino. Era amante de Gladys. Ella le abandonó, y él la mató. Lo ha confesado todo cuando le acusé. Ahora salía con otra chica que estaba a punto de dejarle... y hubiéramos tenido otro crimen con hacha.

—Es una moda muy poco agradable, para que prolifere tanto, *sheriff* —suspiró Mildred tristemente.

—En efecto, jovencita —el *sheriff* la miró, pensativo—. Por cierto que me estoy preguntando cómo una joven de su edad y de su oficio puede ser tan astuta, inteligente y cerebral como para ayudar tan eficazmente a la ley a descubrir un asesino, sin perder la serenidad ni cometer errores...

—Bueno, es la primera vez que trabajo de doncella —sonrió Mildred—. Ese no es mi verdadero oficio.

—¿Ah, no? —se sorprendió Mark, mirándola—. ¿Cuál es?

—Secretaria. He aprendido taquimecanografía, contabilidad y todo eso —suspiró la joven—. Pero en nuestros tiempos aún es difícil hallar trabajo en esas cosas. Los hombres recelan de nuestra capacidad... y debe una servir de criada, si necesita un salario para vivir, señor Stockwell.

—Haberlo dicho antes, Mildred —suspiró a su vez Mark con alivio—. Estoy necesitado de alguien que me ayude a llevar mis asuntos.

Usted será mi secretaria desde hoy.

—¿De veras, señor Stockwell? Le aseguro que soy muy eficaz...

—No me cabe duda —sonrió él—. Creo que puedo confiar ciegamente en usted, Mildred. Luego le explicaré cuál será su trabajo exactamente. Creo que antes, necesitamos todos descansar.

—Sí, tiene razón —asintió Carter, complacido, tendiéndoles la mano —. Me marcho. Ya les diré cómo va el caso...

Les telefoneó dos horas más tarde para informarles. El caso estaba cerrado.

Helen Casey había muerto en el quirófano, a causa de la debilidad provocada por una intensa hemorragia, sin volver en sí, Molly no se había ido sola al otro mundo.

Mark lamentó la muerte de Helen. Pero pensó que, dado lo sucedido, era lo mejor para ella y para todos.

Se acostó, tras informar a Mildred. Al otro día, reanudada su trabajo e intentaría olvidar a Jessica, a Helen, todo aquel horror de fin de año...

Al menos ahora, tendría a Mildred para ayudarle en esa tarea. Estaba seguro de que sería una buena secretaria. Inteligente, capaz... y muy bonita además.

Se tocó los labios. Recordó un beso fingido, pero de dulce recuerdo. Y se dijo si los celos de Helen aquella noche no tendrían en realidad cieno fundamento...

FIN


¡Cada relato, un fabuloso
viaje a las estrellas...!

